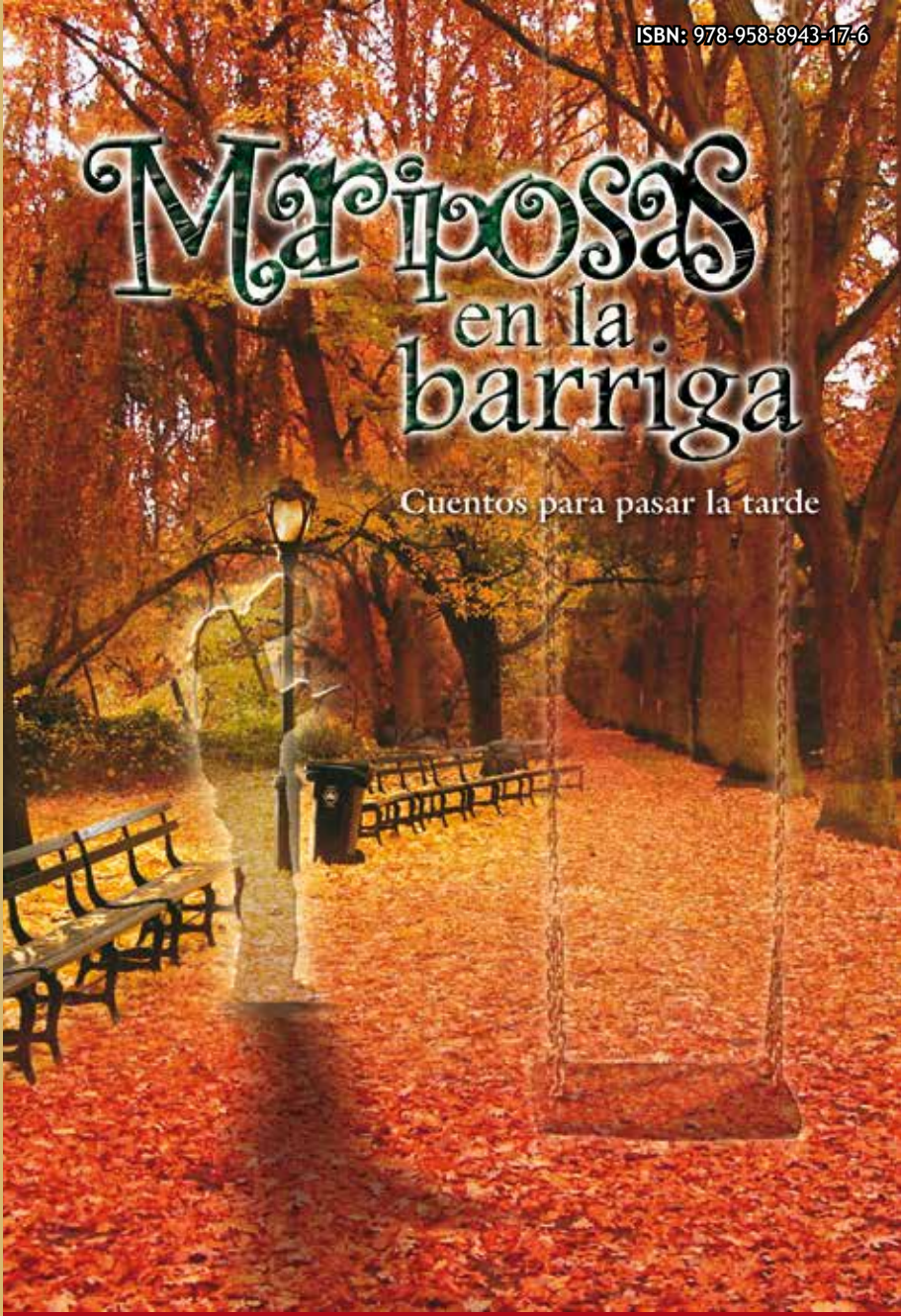


ISBN: 978-958-8943-17-6

# Mariposas en la barriga

Cuentos para pasar la tarde

FUNDACIÓN UNIVERSITARIA LUIS AMIGÓ  
FONDO EDITORIAL



Juan Sebastián Acosta Zapata  
Diana Patricia Aguirre Gallego  
César Humberto Aristizábal Giraldo  
Paula Andrea Baena Ortiz  
Diana María Gómez Castañeda  
Camilo Herrera Rodríguez

Jorge Ignacio Molina Hernández  
Yudy Constanza Ortega Sánchez  
Luis Pizano Palencia  
Rodrigo Rafael Rivero Arroyo  
Raúl Alberto Ruiz Madrigal  
Luis Fernando Vallejo Gómez

Fundación Universitaria Luis Amigó

## MARIPOSAS EN LA BARRIGA

Cuentos para pasar la tarde

### Autores

Juan Sebastián Acosta Zapata  
Diana Patricia Aguirre Gallego  
César Humberto Aristizábal Giraldo  
Paula Andrea Baena Ortiz  
Diana María Gómez Castañeda  
Camilo Herrera Rodríguez  
Jorge Ignacio Molina Hernández  
Yudy Constanza Ortega Sánchez  
Luis Pizano Palencia  
Rodrigo Rafael Rivero Arroyo  
Raúl Alberto Ruiz Madrigal  
Luis Fernando Vallejo Gómez

Medellín - Colombia, noviembre de 2008

## Mariposas en la barriga

©Fundación Universitaria Luis Amigó  
Transversal 51A N°. 67-90. Medellín, Antioquia, Colombia  
Tel: (574) 448 76 66 (Ext. 9711. Departamento de Fondo Editorial)  
www.funlam.edu.co-fondoeditorial@funlam.edu.co

**ISBN IMPRESO:** 978-958-8399-02-7

**ISBN DIGITAL:** 978-958-8943-17-6

**Fecha de edición impresa:** 15 de noviembre de 2008

**Fecha de edición digital:** 14 de octubre de 2016

**Diseño y diagramación:** Henry Tirado Berrio

**Correctora de estilo:** Lorenza Correa Restrepo

Hecho en Medellín-Colombia / Made in Medellín - Colombia

Financiación realizada por La Federación de Universidades Católicas y por la Fundación Universitaria Luis Amigó.

Los autores son responsables del contenido de este libro. Por lo tanto, no comprometen ni el pensamiento ni la integridad de la Fundación Universitaria Luis Amigó.

Se permite la reproducción parcial del contenido para efectos académicos y/o de investigación, siempre y cuando no se utilice con fines comerciales, se cite al autor y se den los créditos a la Funlam como institución editora. Prohibida la reproducción total, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin autorización escrita de la Fundación Universitaria Luis Amigó.



El libro *Mariposas en la barriga*, publicado por la Fundación Universitaria Luis Amigó, se distribuye bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional.

Permisos que vayan más allá de lo cubierto por esta licencia pueden encontrarse en <http://www.funlam.edu.co/modules/fondoeditorial/>

<b>CONTENIDO</b>	<b>Pág.</b>
Presentación	5
Los días de taller	7
<b>I PARTE</b>	<b>9</b>
<b>Ganadores del concurso</b>	<b>9</b>
<b>Primer puesto</b>	<b>11</b>
• <i>Samala y las mariposas en la barriga</i> Juan Sebastián Acosta Zapata	11 11
<b>Segundo puesto</b>	<b>19</b>
• <i>El hombre del camino</i> Jorge Ignacio Molina Hernández	19 19
<b>II PARTE</b>	<b>27</b>
<b>Otros cuentos de los concursantes</b>	<b>27</b>
• <i>Cuidado con tus vecinos</i> Diana Patricia Aguirre Gallego	29 29
• <i>Un lugar encantado</i> César Humberto Aristizábal Giraldo	35 35
• <i>Cuando la sangre llama</i> Paula Andrea Baena Ortiz	41 41
• <i>Emilio y el águila</i> Diana María Gómez Castañeda	49 49
• <i>Tie-break</i> Camilo Herrera Rodríguez	55 55
• <i>Perorata</i> Yudy Constanza Ortega Sánchez	63 63

• <i>Hoy sí</i>	67
Luis Pizano Palencia	67
• <i>Batalla final</i>	71
Rodrigo Rafael Rivero Arroyo	71
• <i>Zapatos de tacón</i>	79
Raúl Alberto Ruiz Madrigal	79
• <i>Medellín a lomo de mula</i>	85
Luis Fernando Vallejo Gómez	85
<b>III PARTE</b>	91
<b>Trabajos durante el taller</b>	91
• <i>Esperanza</i>	93
Juan Sebastián Acosta Zapata	93
• <i>Su primer suspiro</i>	99
Paula Andrea Baena Ortiz	99
• <i>Grandes desconocidos</i>	103
Diana María Gómez Castañeda	103
• <i>PS1</i>	109
Camilo Herrera Rodríguez	109
• <i>Piratas de agua dulce</i>	115
Luis Pizano Palencia	115
• <i>La modista</i>	127
Rodrigo Rafael Rivero Arroyo	127
• <i>La tormenta que anuncia el cielo</i>	131
Raúl Alberto Ruiz Madrigal	131
• <i>Jaque</i>	137
Luis Fernando Vallejo Gómez	137

## PRESENTACIÓN

Uno de los objetivos propuestos por la Fundación Universitaria Luis Amigó para dar cumplimiento a su misión es la formación y el desarrollo humano integral. El componente cultural y estético juega un papel preponderante en este aspecto y la escritura se convierte en un sólido baluarte para orientar y dar cuenta de la estructura del pensamiento.

Por esta razón, la Funlam promovió en el año 2008 un concurso de cuento con motivo de la Décima Semana del Lenguaje, evento que se ha venido programando año tras año en el mes de abril. En la convocatoria participaron treinta estudiantes de los diferentes programas.

El jurado designado para la valoración de los cuentos encontró que muchos de ellos cumplían con los requisitos básicos para ser publicados. Esta razón, además del incentivo motivacional que podría significar para los autores el hecho de ver impresos sus trabajos y de la intención de incrementar la escritura en la institución, llevó al Comité Directivo a tomar la decisión de publicarlos, siempre y cuando los estudiantes autores participaran en un taller de escritura para el mejoramiento de sus textos.

Para coordinar el taller se contrataron los servicios de Claudia Ivonne Giraldo Gómez, profesional en Filosofía y Letras, especialista en literatura, escritora, directora y realizadora de programas de televisión, con amplia experiencia en cursos de redacción para ejecutivos de empresas, directora de talleres de creación literaria en la Biblioteca Pública Piloto de Medellín, la Universidad de Antioquia y la Academia Yurupary. Es también codirectora de la revista Odradek, el cuento y de la colección Madremonte, además de ser autora de la novela El cuarto secreto, y del libro de cuentos El hijo del dragón.

Por múltiples razones no todos los estudiantes que habían concursado pudieron asistir a los talleres de Claudia. Sólo una tercera parte, aproximadamente, pudo aprovechar las enseñanzas y orientaciones de la escritora.

La presente obra es el resultado de este trabajo y muestra el esfuerzo que viene realizando la Funlam para promover las potencialidades de sus estudiantes en cuanto a la escritura se refiere.

Estamos seguros de que el lector, al recrearse con la lectura de esta colección de cuentos, y en la medida en que vaya deshojando imaginarios, ilusiones, sueños, angustias y temores, al igual que sensaciones extrañas en el recorrido por los espacios y ambientes del texto, podrá deducir la calidad de su contenido. No en vano, el comité institucional de la Funlam ha decidido establecer, a partir de ahora, el taller de escritores amigonianos.

Queremos agradecer a los estudiantes por su interés y participación; a Claudia Ivonne por su dedicación al taller de escritura, para que los cuentistas afinaran sus trabajos; y, obviamente, a la Funlam por el esfuerzo que hace para poner en circulación la presente edición.

Ésta es la primera entrega de muchas otras que, en el futuro, existirán como producto del taller de escritores amigonianos.

**JOSÉ JAIME DÍAZ OSORIO**

*Vicerrector Académico*

## LOS DÍAS DE TALLER

Tal vez no exista una reunión más cálida y esperanzadora que las que se celebran en los talleres de escritura creativa, o talleres literarios, como también se les conoce. Allí, personas que hasta el momento son desconocidas y hasta lejanas, por influjo de las palabras de sus textos, conforman un grupo que con el transcurrir de los días se vuelve entrañable, a fuerza de compartir. Las personas que comienzan a escribir textos creativos exponen ante los demás sus pensamientos más íntimos, sus emociones, sus ideas y convicciones. Por eso, el cariño que se crea entre todos y la sensación de que en ese ritual de la palabra que es un taller, nos acercamos al momento más prístino de la comunicación humana.

Los textos que presentamos en la primera y segunda partes de esta edición fueron puestos a consideración del jurado del Concurso de Cuento Funlam 2008. Aquí están el ganador, el segundo puesto y algunos de los concursantes. Durante dos meses —ellos sacrificaron sus vacaciones—, fuimos revisando cada uno de los cuentos, leyéndolos ante el grupo, analizándolos, reescribiéndolos, hasta que las historias se fueron concretando, depurando las palabras; fuimos comprendiendo la mecánica interna de cada una de estas ficciones en las que la vida, el amor y la muerte, marcan su presencia contundente y personal.



Como las reuniones cada vez eran más agradables e intensas, buenos días de taller, muchos trajeron, incitados por algunos ejercicios literarios, una segunda y hasta una tercera historia. Y ésas, luego de ser analizadas, corregidas, pulidas, son las que conforman la tercera parte del libro.

Espero que esta experiencia perdure en quienes hoy presentan sus trabajos, para algunos de ellos, los primeros; espero que sigan en su empeño con la escritura, que requiere talento, sí, pero también mucha dedicación y muchas ganas.

Agradezco a la Funlam el haber podido trabajar con un grupo de personas cálidas, receptivas y talentosas; les deseo, de corazón, los mayores éxitos para sus vidas.

**CLAUDIA IVONNE GIRALDO GÓMEZ**

*Directora del taller*

**MARIPOSAS EN LA BARRIGA**

**I PARTE  
GANADORES DEL CONCURSO DE CUENTOS**



PRIMER PUESTO

*Samala y las mariposas  
en la barriga*

*Juan Sebastián Acosta Zapata*



*A mis padres, mis más amados captores.*

Hoy se levantó temprano. Hace varias semanas, desde que lo vio por primera vez, no logra dormir en calma. En las noches lo siente caminar por la casa, abrir la puerta de su habitación y plantarle un beso en el rincón derecho de la boca, un besito tímido y a la vez coqueto. Le gusta que la bese así porque siempre ha considerado que esos son los mejores besos: ni tan lascivos como los que se dan en la boca, ni tan hipócritas como los de las mejillas; pero cuando extiende las manos para abrazarlo y se da cuenta de que el supuesto beso es otra jugarreta de su mente, y que la única manera de poder tocarlo es dormir de nuevo, prefiere levantarse.

Se sienta en el borde de la cama, saca la peinilla del cajón y comienza a peinarse; no tiene espejo porque hace unas noches un señor que vino con su mamá lo quebró de rabia; ella cree saber por qué. Tal vez su mamá estaba tan borracha que no cumplió con su parte del negocio y el señor se molestó; tal vez...; igual, no le importa mucho. Mientras se peina y los primeros rayos de sol le dan brillo a su cabello negro, se acuerda del sueño, del beso en el esquinita de los labios y la boca le sabe a chocolate.

Después de peinarse, va a la cocina y busca una bolsa de su talla —digo de su talla porque cuando la encuentra se la pone en la cabeza para no mojarse el pelo—; y es que aunque ahora tengan agua todos los días, ella solo se lava el cabello dos veces por semana, dice que así conserva el color.

Todavía recuerda la primera vez que lo vio; de no haber sido por su pelo él no le hubiera hablado, está segura de eso; fue su pelo el que hizo que él le hablara esa tarde:

—¡Ey, tú, la del pelo negro!

Ella se volteó despacio, como con miedo y se señaló a sí misma preguntándole a él si era a ella a quien se refería.

—Sí, tú —acabó de decir esto y corrió hasta ella. Desde la esquina se escuchaban los silbidos de los muchachos que no

perdían oportunidad para reírse de su amigo, quien jadeante le preguntó: —¿Cómo te llamas?

—Samala... —contestó titubeante.

—Y, ¿vivís por acá?

Tardó mucho en contestar porque se había quedado mirándole el pecho. Aunque ya antes había visto a muchos de los amigos de su mamá pasearse medio desnudos por la casa, nunca había contemplado un torso tan bello: dorado por el sol, fuerte, con los músculos perfectamente definidos, unas gotitas de sudor resbalan desde su cabeza.

—¿Qué me dijiste?

—¿Que si vivís por acá?

—Ah sí, vivo a unas cuadras.

—Yo me llamo Jesús. ¿Te puedo pedir un favor?

—Depende... —contestó asustada.

—¿Me darías tu teléfono?

Una sonrisita se pintó sin querer en el rostro de la niña.

—No, yo no tengo teléfono, pero si quieres, me acompañas hasta mi casa.

Ésa fue la primera vez que lo vio y, por alguna extraña manía que tienen las mujeres, recuerda todo lo que pasó ese día, desde los temas de conversación hasta las chanquetas azules que él tanto trató de disimular. En realidad, Samala no le prestó mucha atención a las chanquetas, pero recuerda su color azul porque durante todo el recorrido los nervios la obligaban a mirar hacia el suelo; de no haber sido por eso ni lo hubiera notado.

Cuando se despidieron, sin decir nada distinto a un “hasta luego”, ambos sabían que algo en ellos había cambiado, que las cosas ya no eran iguales: en su vientre, en el de ambos, algo estaba pasando; se apoderó de ellos una sensación de inquietud en el estómago, como si algo revoloteara dentro de ellos.

Mientras se acomoda la bolsa en la cabeza para que ningún mechón le quede por fuera, piensa:

—Ve y sí..., ya van meses con esa sensación... ¿Qué será?, ¿estaré enferma?, pero sólo me siento así desde que lo conocí. ¿Será que me contagió algo? ¿Será que le pregunto a mamá? No, mejor no, igual no se siente tan mal, se siente como... se siente como...

El sonido de unos golpes en la puerta la sacó de sus cavilaciones; se quitó la bolsa de la cabeza y caminó hasta la ventana, retiró la cortina y por ese espacio pudo ver la calle: parada al pie de su puerta hay una vieja, tiene en la cabeza una pañoleta, seguramente para cubrirse del sol, trae puesto un vestido raído y anda descalza.

Justo cuando va a cerrar la cortina para ignorar a la anciana, ésta, como si lo supiera, voltea y la mira directamente a los ojos. Samala se siente inmensamente triste. La cara de la anciana parece fijada en el desconsuelo, como si nunca hubiera tenido una alegría en su vida. La niña, conmovida, le pregunta en qué le puede servir. La vieja comienza a hablar de un pueblo lejano de donde le tocó venirse por la violencia; le dice que no le pide dinero porque no quiere ser limosnara, pero que por favor le regale un poco de comida y agua para mojarse los pies. Samala baja la mirada y ve que los pies de la vieja están rojos y con pequeñas heridas; la anciana le dice que nunca había caminado tanto y que no pensaba que la tierra de la ciudad fuera tan áspera. Samala suelta la cortina, corre al patio y vuelve con una ponchera llena de agua; la vieja se sienta, estira los pies, los mete en el agua y trata de sonreír.

—Señora, no tengo nada que darle. Si quiere, compartimos mi desayuno.

La anciana no responde, pero los ojos se le iluminan. La niña corre a la cocina y vuelve con dos tajadas de pan y dos pocillos de agua de panela caliente. Comienzan a comer. Samala decide cederle su tajada de pan y mirada tras mirada empiezan a trabar conversación. La niña se siente en confianza con la anciana y



decide preguntarle por la supuesta enfermedad que la aqueja desde que vio a Jesús. Y es que, ¿qué más podía hacer? Su mamá nunca estaba en casa y cuando estaba no podía ni valerse por sí misma; sus amigas del colegio no solían hablarle mucho por ser la hija de la “vagabunda”; no le quedaba más opción entonces que esta vieja, que además parecía tener la sabiduría para explicarle.

—Señora, ¿le puedo preguntar algo? —dijo con una voccecita débil.

—Sí, claro, mijita, pero sepa que yo no estudié y de esas cosas de la escuela yo no sé nada.

—No, no es nada de eso.

Samala comienza hablando de la mirada de Jesús, de sus chancletas azules y luego de la enfermedad, la misma que se acentuaba cuando lo veía; la vieja la mira y con cara de mamá le dice:

—Eso que sientes en la barriga son mariposas que se meten a tu vientre desde sus ojos y a través de los tuyos...

Después de decir esto retira los pies de la ponchera, se pone de pie, recoge una bolsita que puso en el suelo y se despide.

Samala le hace un ademán de despedida mientras la ve descender por la calle. En la cocina se da cuenta de que el reloj marca las 11:20; sabe que tiene que estar lista a las 12:10 porque Jesús, como todos los días desde hace dos meses, va a pasar por ella y la llevará en la moto hasta el colegio.

—Ehhh, y hablando de esa moto, yo todavía no creo que el papá se la haya regalado. ¿Ese señor con qué plata? Como no vaya a salir cierto lo que dicen por ahí... ¡Ahhh, yo sí soy boba! Jesús no es capaz de robarle a nadie, si casi ni me roba un pico.

Se duchó rápido y salió del baño vestida. La presencia constante de extraños en la casa la había hecho vestirse en el baño, así estuviera sola; su alcoba no era segura, no tenía puerta y la

ventana casi nunca tenía cortina. Se peinó y, suponiendo que estaba bella, salió a la puerta para esperar a su amor.

El barrio estaba un tanto inquieto, pasaba la gente apurada; incluso don Arturo, que nunca cerraba la tienda, corría hacia la esquina. Eso era normal en el barrio, seguramente a don Joaco la mujer le estaba tirando otra vez la ropa por la ventana; se lo merecía por borracho, pensó Samala mientras se reía.

—Oiga, oiga, ¿qué es lo que pasa en la esquina?

—Yo no sé, como que mataron a alguien —le respondió la extraña.

Temiendo lo peor, comenzó a caminar con lentitud hacia la esquina. Tal vez ella lo sabía hace tiempo, no era normal que sin trabajar le pudiera comprar tantos regalos; además, a veces veía en sus ojos la misma expresión que tenían los amigos de su mamá, el mismo tono rojizo, la misma profundidad, como si fueran una ventanita del infierno.

Le bastó con ver las chanquetas azules para confirmar lo que temía: cuando todos la vieron llegar esperaron, casi como si estuvieran en un circo, a que gritara; pero no, en ningún momento gritó, ni siquiera una lágrima salió de sus ojos. La multitud, al ver que no lloraba, le retiró la atención y se enfrascó en el chismorreó.

La señora que vendía mangos en la esquina, aseguraba que él le estaba diciendo a los amigos que se iba, que tenía que recoger a una niña, y que se pillaban en un rato, cuando de la nada salió un tipo con un arma y disparó tres veces: dos en el cuerpo de Jesús y una en el poste de la energía. Cayó en el asfalto. Aún tenía los ojos abiertos, seguramente escuchó cuando la gente que estaba en la esquina decía en voz baja que era mejor no ayudarlo porque no se sabía qué debía, y que era mejor no meterse; murió sabiendo que podía vivir. La armadura de piel y oro tenía dos orificios a la altura del corazón; el que disparó no era un aprendiz, tenía que saber lo que hacía.

La madre de Samala, despreocupada como de costumbre, venía apenas llegando; tenía el maquillaje corrido y caminaba como si aún estuviera borracha; tal vez lo estaba. Venía cantando por la calle y no prestó mucha atención al bullicio, quizá ni lo notó. Entró a su casa y buscó la cama: la noche le duele en los pies cada vez que se pone tacones altos.

Un grito estrepitoso alarmó al barrio: la “vagabunda” había encontrado a su hija, esa tal Samala, tirada en su habitación, desnuda, bañada en sangre, con un hueco en la barriga que parecía hecho con las uñas mismas, y a los pies del cuerpo blanco que refulgía en la habitación, una nota que decía:

De sus ojos ya no brotarán más mariposas, los míos ya no las verán, yo ya no las quiero sentir más.

***Juan Sebastián Acosta Zapata***

Se me pidió para este libro, una presentación corta y en tono divertido... Aún no entiendo qué podría tener de divertido presentarse a sí mismo. No hay nada más difícil que decir quién es uno. Me dan cinco líneas para contarle a usted, desprevenido lector, quién soy yo; y como para esa pregunta ni yo mismo tengo todavía respuesta, sólo le diré que estudio psicología y que escribo cuentos porque me conectan con mi infancia. Y es que nunca quiero llegar a ser tan adulto que se me olvide ser niño.



SEGUNDO PUESTO

*El hombre del camino*

*Jorge Ignacio Molina Hernández*



Eran las 8:35 de la noche cuando Joanna conducía su automóvil de regreso a casa. Luego de una larga jornada de trabajo, sentía que no podría dar un paso más y que su cuerpo no aguantaría volver a estar todo un día sentada atendiendo el sinfín de casos que llegaban a su oficina. Eran problemas ajenos que no solamente atiborraban su escritorio, sino su mente. Conducía despacio, dejando atrás el estridente ruido de la ciudad, alejándose de aquella urbe de cemento a la que tendría que volver al día siguiente.

Su casa campestre, situada en las afueras de la ciudad y que decidió conservar luego de su divorcio, era muy acogedora. Le encantaba la idea de pasar su vida alejada de la ciudad salvaje, de pasar su tiempo cuidando su jardín, de recostarse en frente de la chimenea y degustar un libro, escudriñando cada una de sus páginas, exprimiendo cada uno de sus capítulos, allí en la tranquilidad de su hogar, cálido y silencioso.

La noche estaba fría. La neblina la obligaba a conducir con cautela. Pensaba en que llegaría y prepararía una deliciosa cocoa mientras dispondría la bañera para un reparador baño de espuma. Sentía que su espalda iba a quebrarse, añoraba llegar. Pero la neblina estaba haciendo que su camino se hiciera más largo. “¡No debería haber trabajado hasta tan tarde!”, pensaba en voz alta, mientras la neblina continuaba cerrando cada vez más el camino.

El trayecto de su oficina a su casa duraba alrededor de cuarenta y cinco minutos. Pero esa noche estaba segura de que había conducido casi una hora. Fue entonces cuando escuchó un ruido sorpresivo que la hizo volver de sus pensamientos de culpa por no haber terminado su trabajo, pues siempre había sido muy meticulosa. Apagó el motor y el auto rodó todavía un poco más por la carretera hasta detenerse por completo en medio de la soledad; era temprano aún, y sin embargo no veía ni una luz, como si nadie se quisiera aventurar en esa oscuridad. Permaneció allí unos minutos observando la neblina que la rodeaba.

Agudizó sus oídos y escuchó cómo el aire escapaba de uno de sus neumáticos. Golpeó el volante con sus manos furiosamente: —¡Maldita sea! Precisamente ahora y en este momento. ¿Qué he hecho para merecer esto?

No se veía absolutamente nada a causa de la espesa neblina. Sintió temor, pensaba en su situación actual: una mujer sola en medio de la carretera, con una bruma tan densa y además, para colmo de males, con un neumático desinflado. Pensó en su ex esposo. Si estuviera allí, de seguro arreglaría el problema; pero luego pensó que precisamente se había divorciado para ser más independiente, para sentirse más útil. Pero ahora cómo le gustaría que él estuviese allí.

Respiró profundamente y quitó los seguros de la puerta, haló la perilla y finalmente la empujó. Una vez abierta, sintió en la cara una ráfaga de viento muy frío. Se impulsó y salió de su automóvil. Las luces delanteras de su auto iluminaban el camino, pero de las llantas poco o casi nada podía ver. “Debo tener una linterna en la cajuela”, pensó.

Entró de nuevo en su auto y abrió la cajuela desde allí. Salió y se dirigió a la parte trasera; levantó la tapa y vio un maletín de color rojo que de seguro tendría el equipo de carretera que necesitaba. Abrió el cierre del maletín y comenzó su búsqueda. Sus manos hallaron un elemento alargado en medio de las herramientas. Era la linterna. La sacó y cerró la cajuela. Se encaminó entonces hacia el lado izquierdo del auto y miró

los neumáticos. Tanto el delantero como el trasero estaban en perfecto estado. Luego se dirigió hacia el lado derecho, el neumático frontal estaba perfecto, entonces miró el de atrás deseando que estuviera en óptimas condiciones, pero cuando la luz se posó sobre él, comprobó que efectivamente éste era el que había sufrido el pinchazo.

—¿Por qué tenía que pasarme esto y a esta hora? —se lamentó.

Sabía que tenía repuesto para salir del inconveniente, pero... ¿sería capaz de hacerlo ella misma? La noche seguía enfriando. Fue de nuevo hacia el frente y del asiento del pasajero sacó su chaqueta. Si tenía que esperar allí, al menos no se congelaría. Miró su reloj. Marcaba las 9:05. Pensaba en esa deliciosa cocoa que se prepararía y en su baño de espuma.

“¡Esperaré! Alguien tiene que pasar tarde o temprano. Sólo tengo que esperar un poco“, se dijo a sí misma para darse ánimos.

Joanna entró de nuevo a su auto y encendió la calefacción, buscó algo de música y se dispuso a esperar a que alguien la socorriera. Pensaba en que al día siguiente tendría que estar muy despierta porque tenía una reunión muy importante y decisiva para la solución de un caso. Estaba absorta en esos pensamientos cuando creyó ver una pequeña luz que se acercaba hacia su auto. Para ver mejor, limpió el vidrio empañado por el frío. Efectivamente, una lucecilla muy tenue se aproximaba hacia su auto. Cuando estuvo más cerca pudo distinguir la figura, un tanto borrosa, de un hombre que sostenía una lámpara de combustible en su mano izquierda. Bajó el vidrio de la ventana y gritó a quien se acercaba:

—¡Perdón, me podría ayudar?! Un neumático se pinchó y necesito que me ayude a cambiarlo.

El hombre seguía acercándose por el borde de la carretera hasta que llegó al lado derecho del automóvil. Joanna sintió miedo, la verdad, pero valientemente bajó un poco más el vidrio de la ventanilla para pedirle de nuevo ayuda:



—Disculpe, está algo tarde y debo llegar a casa, pero mi neumático sufrió un pinchazo. ¿Podría usted ayudarme?

El extraño se inclinó y la observó a través de la ventanilla. Joanna vio a su vez que se trataba de un hombre agradable de unos cincuenta años, cabello entrecano y que estaba bien abrigado con una chaqueta marrón, desgastada.

—Tiene razón, señorita. Es bastante tarde para estar en estos caminos a esta hora y sola —su tono de voz era recio y profundo—. Con mucho gusto la ayudaré. Abra la cajuela para sacar la llanta de repuesto. Puede permanecer en el auto mientras lo hago —agregó, moviéndose hacia la parte trasera del auto.

Joanna permaneció en su asiento y desde allí abrió la cajuela, pero no dejaba de vigilar al extraño por el espejo retrovisor y por el del costado derecho. Se preguntaba qué hacía un hombre a esa hora de la noche en aquella carretera y comenzó a imaginar que quizá podría ser un asaltante o algo peor. Trató de serenarse y pensar entonces en que era un lugareño que vio las luces de su auto encendidas y decidió acercarse para ver qué ocurría.

—¿Vive usted por acá? —preguntó tímidamente.

Pero no escuchó respuesta; supuso que tal vez el extraño no la había oído, así que decidió intentar observar por el espejo cómo el hombre cambiaba la llanta. Pero sentía los ojos pesados, se le cerraban sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

Despertó cuando escuchó unos golpecillos en el vidrio de la ventanilla de la puerta del lado del conductor. La neblina había bajado y pudo ver al agente de policía de pie, a su lado; su mano derecha sostenía una linterna con la cual, de seguro, había golpeado el vidrio de la ventanilla.

—Buenas noches, señorita. ¿Tiene usted algún problema? ¿Puedo ayudarle? —preguntaba insistentemente el agente al lado de la puerta.

Joanna bajó el vidrio. Estaba desconcertada. Cómo era posible que el agente de policía le preguntara si podía ayudarle, si el extraño debía estar cambiando el neumático en esos instantes; debía haberlo visto cuando se acercó en su patrulla, la que alcanzaba a ver por su espejo retrovisor.

—No hay problema oficial, uno de mis neumáticos sufrió un pinchazo, pero afortunadamente pasaba un señor que muy amablemente se ofreció a cambiar la llanta. ¿Lo vio usted? —pero no veía al hombre, así que asumió que había terminado de cambiarla y se había marchado sin despertarla.

—No, señorita. Cuando llegué no vi a nadie cambiando su llanta y todas parecen estar en perfecto estado —explicó el oficial.

Joanna miró su reloj; no podía creer lo que veía: eran las 9:07, como si apenas hubiese entrado a su auto, justo después de comprobar que uno de sus neumáticos se había pinchado. No podía ser posible.

—¿Le pasa algo, señorita? —preguntó el oficial al ver su reacción—. Tal parece que se quedó dormida. Y creo que fue lo más prudente. Me refiero a detenerse y no seguir porque la niebla estaba bastante espesa.

Ella decidió descender de su auto para asegurarse de que aquel extraño hombre con la lámpara de combustible no se hallara por allí, y a la vez mirar la llanta. El oficial la siguió.

—¿Ve usted? No hay ningún hombre —recalcó él.

Abrió la cajuela y para mayor sorpresa la llanta de repuesto seguía allí sin que pareciera haber sido movida. Miró de nuevo su reloj. Ahora eran las 9:08. Aún no lo podía creer. ¿Qué pasó? ¿Acaso había soñado todo aquello? ¿Era tanto su cansancio como para haber imaginado todo?

—¡Gracias, señor oficial! Debo seguir. Está ya muy tarde y estoy cansada —contestó sin mucho convencimiento.

—Vaya con cuidado. Aunque la neblina se ha disipado un tanto, no hay que confiarse, conduzca con precaución —dijo finalmente el oficial.

Joanna encendió el motor y vio cómo la patrulla daba media vuelta y se marchaba. Ella comenzó a avanzar lentamente; sus luces delanteras seguían encendidas, pero ya podía ver la carretera un poco mejor. Siguió acelerando despacio. Miró por su retrovisor: palideció. Allí, metros atrás, donde hace un momento estuviera, vio la figura de un hombre que sostenía una lámpara de combustible que le hacía señales de despedida; entonces, aceleró con fuerza. Ya no quería saber qué ocurría, simplemente aceleró. No deseaba pensar en qué o quién era aquel hombre y se dijo: —¡Estás muy cansada! Eso es. ¡Sí! Es sólo cansancio.

***Jorge Ignacio Molina Hernández***

Nací en una montaña de esta región andina. Me dedico a la enseñanza del inglés, idioma que domino al derecho y al revés. El cine y la música son dos cosas que disfruto, así como escribir, que es uno de mis gustos ocultos; me gusta escribir porque libera mi alma, me llena de armonía y también de mucha calma.

**II PARTE  
CUENTOS DE OTROS CONCURSANTES**





*Cuidado  
con tus vecinos*

*Diana Patricia Aguirre Gallego*





Esa mañana al salir de su casa, Laura se dio cuenta de que tenía vecinos nuevos, pues se veía un trajín de corotos y de gente que entraba y salía de la casa del frente. El barrio elegante donde vivía era tranquilo y casi nunca había cambio de vecinos. Sin prestar mucha atención al hecho, condujo hacia la cita que tenía con Agustín, su novio; eran novios desde el colegio, pues su amor había nacido casi desde la infancia. Su vida era tranquila y sosegada: estudiaba y participaba poco de la intensa vida social de sus padres.

Una noche, sin previo aviso, tuvo una terrible pesadilla; no le prestó mucha atención, pero las noches siguientes no fueron menos malas: se revolcaba en medio de espantosos sueños que la hacían despertar sudando frío y agitada. En el día recordaba que sus pesadillas contenían el mismo suceso: una solitaria y oscura carretera por la que corría desesperadamente cuando, de repente, llegaba al borde de un negro y profundo abismo.

Laura empezó a verse decaída, ojerosa, desmejorada y tan delgada que parecía como si la hubiese atacado una enfermedad mortal. No obstante, sus padres, tal vez por exceso de trabajo, parecían no darse cuenta del estado en que se hallaba su única hija, a quien ellos llamaban a boca llena “el amor de sus vidas”.

En compañía de Agustín, se dio a la tarea de buscar ayuda profesional y se sometió a muchos exámenes médicos que finalmente no le dieron ninguna explicación a su padecimiento: no parecía tener problemas de salud ni trastornos alimenticios ni mentales.

Al cabo de unas semanas, Laura estaba más débil y enferma que nunca: su angustia aumentaba al ver que ya habían agotado todos los medios y no encontraban la raíz del problema. Una noche tuvo una nueva pesadilla, mas esta vez aparecía en ella un hombre alto, fornido, elegante, pero con una tenebrosa mirada; ya no encontró un abismo en la carretera, como en los sueños anteriores, sino al hombre carcajeándose, con una risa malévola.



Laura despertó asustada y se levantó para cerrar la ventana con la que el viento jugaba, cuando vio que en la puerta de la casa del frente, la de su nuevo vecino, estaba parado el mismo hombre que hacía unos segundos había visto en su pesadilla, con la misma cara, con la misma risa, con la misma mirada. Laura cerró la ventana de un golpe ante este hecho tan escalofriante: el hombre era su vecino.

Al día siguiente, Laura, agotada y notablemente afectada, salió a caminar hacia las afueras del pueblo en busca de paz y tranquilidad; no sabía qué pensar ante lo ocurrido la noche anterior. Por su mente no pasaba la palabra *brujería*, pues nunca había creído en esas cosas. Mientras caminaba recreaba en su memoria las imágenes de aquel espantoso sueño.

De pronto, sin ser consciente de hacia dónde se dirigía, y sumergida en sus pensamientos, Laura llegó a un pequeño arroyo de agua cristalina. Ahí estaba la paz que necesitaba al apreciar sus aguas limpias, pero al descubrir la presencia de una anciana que lavaba en el arroyo, Laura intentó devolverse pues no quería tener contacto con ninguna persona. La anciana, sin alzar su mirada, le dijo: “No te vayas, dulce jovencita, has encontrado la paz que estabas buscando”. Al escuchar esas palabras, Laura se quedó casi paralizada, no sabía si de susto o de emoción. Cautelosa, se acercó a la anciana y le preguntó:

—¿Por qué me ha dicho eso?

La anciana levantó su mirada y le contestó: —Porque puedo sentir lo que aqueja a tu alma.

Laura no sabía qué le producía más sorpresa: si las palabras de la anciana o sus profundos ojos azules que la miraban fijamente. Minutos después, acompañó a la anciana hasta una casita metida en el bosque, lejos de toda la civilización. La casita era pequeña, blanca, sencilla, pero allí dentro se sentía una profunda paz.

La anciana se llamaba Matilde; ella podía sentir el maleficio que pesaba sobre Laura y decidió ayudarla. Laura escuchó atentamente los consejos de la mujer, que luego le mandó

una serie de baños con plantas fuertes para comenzar inmediatamente a limpiar su aura y espíritu. Laura partió hacia su casa muy feliz y tranquila porque se le había aparecido algo así como una salvadora.

Esa noche, Laura dormía tranquila por primera vez en muchos días, cuando de repente algo se le abalanzó al pecho y trató de asfixiarla. Fueron segundos que parecieron horas. Cuando pasó el ataque, alcanzó a ver una sombra que se escurría por su ventana. Rápidamente saltó de la cama para cerrarla, pero allí estaba él, el vecino del frente, riéndose y mirándola fijamente. Esta vez Laura se desvaneció. Cuando amaneció, al despertar descubrió su pecho arañado y su cuello con las marcas del ataque.

Como pudo, volvió al bosque hasta la casa de Matilde; le contó lo sucedido, le mostró las marcas del ataque y le pidió que hiciera algo más que unos baños de plantas. Fue así como se fueron juntas a la casa de Laura e hicieron una serie de ritos, rezos y riegos. La mujer le enseñó a Laura unas oraciones para alejar los malos espíritus y le entregó una “contra” para impedir que la brujería siguiera penetrando su cuerpo.

Durante varias noches esa fuerza del mal no pudo penetrar en la habitación de Laura. Pero su vecino no se daría por vencido y se valdría de otros trucos para seguir atormentándola. Empezó a crearse una disputa entre el bien y el mal —el poder de aquel hombre contra el poder de Matilde— que se prolongó por varios días en los que la salud de Laura se deterioraba más y más.

Luego de rezar y rezar, Laura se quedó por fin dormida a la medianoche y soñó: caminaba por una carretera oscura y sola sin hallar un fin; de pronto, llegó al abismo, pero todo parecía un sueño tranquilo y diferente a todos los que había tenido en las noches anteriores, llenos de horror. Laura, dentro de este sueño, veía y sentía el abismo: era tan profundo que no alcanzaba a verse el fondo. Cerró sus ojos y comenzaron a pasar por su mente miles de imágenes de sus padres, de su niñez, de su novio, de la universidad, de sus amigos y de toda su familia, cuando, de pronto, abrió los ojos y alcanzó a ver el fondo del

abismo: iba hacia él, se acercaba hacia él y cuando por fin llegó al final del abismo, se dio cuenta de que había caído y de que, sin duda, había muerto.

Minutos después se escuchó un terrible alboroto en la calle: los padres de Laura salieron asustados como todos los vecinos. Nadie imagina cuál fue su sorpresa al darse cuenta de que el alboroto iba por su propia cuenta al hallar tendida sobre el asfalto a su hija Laura, muerta. Ni ellos, ni Agustín supieron nunca qué había pasado. En su refugio del bosque, la anciana sí sabía que había perdido la batalla: enredada en su sueño, en el que llegó a un abismo y creyendo que sólo estaba soñando, Laura creyó volar y se lanzó a la calle desde su ventana.

***Diana Patricia Aguirre Gallego***

Soy estudiante del segundo semestre de Comunicación Social; me gusta escribir porque así puedo expresar todas las ocurrencias que me pasan por la mente. Me gusta escribir cuentos porque es sencillamente delicioso imaginarse cosas que hacen que hasta a uno mismo se le erice la piel, y luego llevarlas a un papel, para hacer sentir esas mismas sensaciones y emociones al lector.



# *Un lugar encantado*

*César Humberto Aristizábal Giraldo*



## MARIPOSAS EN LA BARRIGA

*De vez en cuando la vida se nos brinda en cueros y nos  
regala un sueño tan escurridizo que hay que andarlo de  
puntillas por no romper el hechizo.*

*Joan Manuel Serrat*

Era mi sitio favorito. Habitado por las nebulosas, las constelaciones, los cometas, las estrellas fugaces y el hechizo de la luna. Allí solía ir en las noches a contemplar la inmensidad del espacio. La explanada estaba rodeada de grandes guayabos; en todo el centro había una gigantesca roca semicircular, en la que acostumbraba recostarme y dejar que todo mi ser se impregnara del canto de los grillos, del croar de las ranas, del olor a guayaba madura y de ese tan característico efluvio de campo, campo florido y naturaleza aromatizada por las reses que pastaban tranquilas. Y volaba.

Mi esencia se fundía con las figuras cromáticas, que, como una danza, hacían en mi honor las luciérnagas. Verdaderamente era mágico aquel lugar, iluminado por esas luces titilantes y, más arriba, por la luz de los faros colgados de la nada. Así comenzaban las noches en la cabaña de mi niñez.

Hoy después de tantos años he vuelto. Mi corazón se emociona, late fuertemente sin poder escapar de los recuerdos: niño otra vez, me veo detenido en el camino, trepando por uno de los guayabos y saboreando su fruto maduro. Mi ser se regocijaba en el crepúsculo, mientras el sol dispersaba sus últimos rayos sobre las montañas. Recostado de espaldas sobre la roca, mi mirada se perdía entre nebulosas y constelaciones haciéndome sentir por momentos que el espacio sideral me atraía y me llevaba en su recorrido entre las miríadas de estrellas. Fue precisamente ahí, mientras iba llegando a Draco, cuando el canto misterioso de un búho que me observaba desde un árbol cercano, me hizo volver de mi enajenamiento. Sentí que un cálido viento solano envolvía todo mi cuerpo; al mismo tiempo que un aura de luz multicolor cubría la roca donde yacía. Era como si de repente

estuviera formando parte de aquella historia sagrada del Génesis que de chico me contara la abuela; se trataba de Jacob, quien en un maravilloso sueño, ve a los ángeles bajar a este mundo y subir al cielo por una escalera que tocaba la Tierra y luego se perdía en la inmensidad del infinito. Recordé también aquellas leyendas que don Ramón, el vecino de la finca de mi padre, nos solía narrar en las tardes de los sábados a todos los chicos de la vereda y en las que mágicamente aparecían lugares encantados, llenos de luces misteriosas, de ruidos indescifrables, de brujas, ogros y duendes que nos hacían estremecer de emoción.

Entonces una fuerza que me era ajena quería salir de mí y sentí miedo, mucho miedo; era una sensación de vértigo en lo más profundo de mis entrañas. Pensé en ese instante que el fin de mi existencia había llegado y que mi alma quería liberarse de las cadenas del cuerpo. Por un momento quise luchar contra ello, pero luego no me opuse y dejé simplemente que sucediera. Me vi suspendido en la atmósfera, espectador de imágenes apocalípticas de lo que le sucedería a mi región.

Fue entonces cuando apareció la visión ante mis ojos: era un grupo de hombres y mujeres cuya ropa se confundía con la vegetación del lugar; sus rostros se veían cansados y sudorosos, al mismo tiempo sus miradas eran terribles. Y pude ver a través de imágenes muy rápidas cómo fueron apoderándose poco a poco de aquellas tierras; cómo el éxodo de campesinos hacia pueblos cercanos se confundía con la imagen que aún rondaba por mi cabeza, de esa historia que me contara la adorada abuela, sobre el pueblo de Israel, al mando de Moisés, cuando emprendió un éxodo muy similar hace siglos. Las plagas fueron convirtiendo los cultivos en desoladas tierras, en las que solo crecían arbustos y yerbas que fueron invadiendo cada centímetro y la fueron convirtiendo en un desierto.

Vi también casas que se llenaron de soledad y tristeza, soledad que fue carcomiendo sus muros y techos, y vi el dolor de sus dueños ante el poder absurdo de una guerra.

La visión continuaba: ahora podía observar cómo los caminos, que habían abierto los hombres valientes de brazos fuertes,

## MARIPOSAS EN LA BARRIGA

estaban cerrados por la vegetación; ya no había quién los transitara ni quién arriara las mulas con los frutos del campo; ya no se podía contemplar los desfiles alegres de sus gentes, cuando los domingos y días de fiesta caminaban por dos largas horas hasta el pueblo más cercano para participar de las festividades.

En medio de todas esas visiones, había algo que no podía entender muy bien: era una escena donde los actores no mostraban sus rostros y sus cuerpos parecían desdibujados por el tiempo. Estaba a punto de revelármese esa imagen, pero en ese preciso momento, una presencia gigante a mi lado, una enorme mole fantasmal proyectada por la luna de la noche cubrió mi lugar mágico. Creí que eran los ogros de las historias de don Ramón haciéndose realidad, pero no; era la sombra de Resorte, el caballo favorito de mi padre, la que me observaba curiosamente, haciendo que se desvaneciera todo ese mundo mágico, que por no sé cuánto tiempo había experimentado. Sudaba un sudor frío. Me senté sin poder comprender qué había pasado. Esa última imagen borrosa daba vueltas en mi cabeza. Y todavía lo sigue haciendo. El canto del búho volvió a sonar misteriosamente en la inmensidad de la noche.

### ***César Humberto Aristizábal Giraldo***

Nací en Cocorná, Antioquia. Estudié el noveno semestre de Educación Básica con énfasis en Matemática en la Funlam. Aún me veo soñando con la geometría de los discos de la luna, del sol, de las nubes y hasta de esas gotas de rocío mañaneras en las montañas de mi tierra. Por esas remembranzas es que escribo.







*Quando  
la sangre llama*

*Paula Andrea Baena Ortiz*



*Mientras las hojas caen en otoño, vidas comienzan a emerger y frutos a madurar.*

En mi fiesta de quince, entre todos mis regalos, tuve uno hermoso: un viaje a las Cataratas de Giraldes por cuenta de mis padres. Sentí una gran felicidad al poder cumplir mi anhelado sueño de conocer las cataratas. Mis amigas, que ya habían estado allí, me contaron de lo hermoso del lugar, de su cercanía al mar. Confieso que siempre he sentido encanto y fascinación por la brisa marina y los atardeceres en la playa. Cuando recibí la noticia del viaje sentí cómo, por la alegría, se humedecían mis ojos, mis manos sudorosas temblaban y mi voz entrecortada fue la emoción de mis amigas.

Las maletas en la puerta avisaron que el viaje había llegado, mis padres, en una mezcla de alegría y melancolía, me despidieron no sin antes prometerles que tendría mucho cuidado con el mar.

—¡Cómo ha crecido la niña! —dijo mi padre en la puerta del autobús que me llevaría al aeropuerto—. Pórtate como tal —puntualizó, dándome un beso en la mejilla.

Todo me parecía sorprendente. El aeropuerto estaba lleno de visitantes que llegaban a conocer la ciudad. Supongo que tendrían el mismo sentimiento que me embargaba ante la expectativa de lo desconocido. El viaje fue un poco largo por cosas del clima, y al atardecer de ese día al llegar a la isla con toda la excursión de quinceañeras, nos desplazamos al hotel donde nos hospedaríamos; literalmente tiré mis maletas sobre la cama, en la habitación que compartiría con otra quinceañera y salí inmediatamente a correr por la playa, a sentir la brisa, a encontrar esos sentimientos de libertad e inmensidad que brillaban por su ausencia en la ciudad.

Me detuve al ver a un anciano de cabellos largos y descuidados, cuando organizaba un pequeño bote para la jornada de pesca, que iniciaría muy temprano en la madrugada. Mientras él

limpiaba la red con sumo cuidado para no romperla, mis pies se deslizaban por la arena caliente y sentían el agua tibia de las olas que llegaban a la orilla, finalmente y sin pensarlo dos veces, con esa impaciencia y rebeldía típica de la edad, le propuse al anciano alquilar su bote por unas horas.

Muy reacio me explicó que pronto oscurecería y tuve que utilizar mis mejores sonrisas y zalamerías para convencerlo. Acordamos una suma que cancelaría al regreso y me embarqué en la nave, ansiosa de ser capitana de mi propio barco, aunque fuese por corto tiempo.

Comencé a remar sin darme cuenta de que cada vez me alejaba más de la orilla. La emoción no me permitía ver el peligro al que me enfrentaría si me extraviaba; por el contrario, tenía confianza en lo que estaba haciendo, pues a aquella edad tenemos la impresión de ser invencibles y eternas. Sin embargo, cuando me percaté de que el sol se estaba ocultando, sentí deseos de regresar a la playa, encontrándome con la sorpresa de verme rodeada de agua y sin vislumbrar tierra por ninguna parte. El sentimiento de confianza se transformó en desesperación y pánico, no tenía idea de qué rumbo tomar; las olas embravecidas golpeaban el bote sin cesar; oscurecía y con ello parecía que las olas del mar cobraran fuerzas. Lo que me produjo mayor desolación fueron las imágenes de mis padres, escuchando mi promesa de cuidarme del mar traicionero. Creí cierto mi fin, alimentando tan solo la esperanza del anciano preocupado por su bote y su paga dando aviso a las autoridades para su recuperación y de paso la mía. El viento arreciaba y con él las olas se hacían más enormes, más peligrosas para mi frágil nave. Recordé aquellas películas donde los naufragos eran devorados por los tiburones gigantes, tan terroríficos que creía verlos al pie de mi bote aguardando el momento oportuno para devorarme.

Finalmente el mar venció la resistencia inútil del bote. Naufragué con él, quedando a la deriva, aferrada a un pequeño trozo de madera. Mis fuerzas sucumbieron finalmente y, unida a

la oscuridad de la noche, creí ver una pequeña luz que ganaba intensidad en la misma medida que perdía conciencia, de eso estaba segura.

La búsqueda fue infructuosa. Fueron necesarias muchas brigadas de rescate, incluso contratadas por mis padres para ayudar en el rastreo de toda la zona. Pasaron días, meses, y fue imposible no sólo encontrarme, sino consolar a mis afligidos padres que rogaban para que no se suspendiera mi búsqueda, hasta que fue decretada mi muerte por desaparición.

Fue sólo hasta casi un año después cuando un pescador, debido a una tormenta que azotaba la zona, se detuvo en una pequeña isla, relativamente cercana a la gran isla de Misache. Fue allí donde me encontró, pálida, sin fuerzas, enferma de desnutrición y con mi ropa rasgada y completamente sucia. Me reconoció por todas las fotos que a diario y durante mucho tiempo se pegaron en postes, periódicos e incluso se pasaron en televisión. Me llevó al puerto; mis padres fueron informados de inmediato y, en el primer vuelo que hallaron, salieron a mi reencuentro.

El diagnóstico médico hablaba de pérdida temporal de la memoria. Al llegar de nuevo a mi hogar, mis padres me rodearon de amor y cuidados; seguía siendo la niña de la casa. Ellos deseaban que las reuniones familiares fuesen como antes y trataron de rodearme con su amor y comprensión, pero faltaba algo en mí. Habían arrancado algo de mi ser y me atormentaba el no recordar absolutamente nada; quería saber qué habían extirpado y me dolía el no poder averiguarlo.

Ellos confiaron en que el paso de los años aliviaría los padecimientos vividos, pero en mi interior siempre quedaba un sentimiento de abandono, una sensación de amor maternal dejado de dar, un extraño deseo de arrullo, una incontenible fuerza que exigía mi presencia en aquella isla.

Mi vida continuó atormentada por la incertidumbre de averiguar lo sucedido y el dolor de no poder contar con mis padres para un proyecto de regreso. Por eso, fue solo hasta

culminar mi especialización en genética en la Universidad de la República, cuando tomé la decisión de abordar mi problema y regresar.

Ya el mar no producía en mí esos anhelos de libertad, la brisa me disgustaba, el calor agobiante de la costa me molestaba, pero mi destino estaba señalado. Debía estar allí, conocer la verdad, lograr respuestas. Al desembarcar en Misache, mi corazón aceleró sus latidos, sentí que mi cuerpo estaba recuperando su real dimensión física, cerca estaba aquella parte de mí “arrancada a la fuerza”. Indagué por toda la isla pero nadie supo o quiso darme información de cuando estuve allí hace tantos años.

Derrotada, al cabo de varios días y luego de haber tomado la decisión de regresar a mi país, una anciana me buscó en el hotel. Bajé a recibirla.

Me dijo: -Tú no perteneces aquí, pero una parte de tu ser siempre ha estado formando parte de nosotros.

—¿Qué sabes de mí? —la interrogué.

Me tomó de la mano y me invitó a que la siguiera. Atravesamos la isla entera y me condujo a una humilde escuela.

—¿Qué hacemos aquí?

No me respondió. Se limitó a guiarme por los corredores de la escuela y me condujo hasta una ventana, cerca de una cancha de baloncesto que hacía las veces de patio de recreo.

—Allí tienes a quien buscas —me señaló a una de las niñas que recibía clase de geografía.

¡No podía ser! Frente a mí había una pequeña que, sin saber cómo, reconocí como parte de mi ser. Supe de inmediato que era a quien habían arrancado de mí, que era la respuesta que había buscando por tanto tiempo. ¡Qué hermosa! Sus cabellos dorados, su piel limpia y bronceada por el sol, su inocencia de todo mal pensamiento, su mirada, esa mirada, mi mirada, éramos dos, somos una.

## MARIPOSAS EN LA BARRIGA

Estaba lista para ir donde ella, abrazarla, besarla, decirle que la extrañaba desde tiempo atrás sin saber que existía, que no permitiría que nos separaran de nuevo, pero algo sucedió.

—¡Mamá! ¡Mamita!

La niña... ¡No!... Mi niña corrió en busca de una mujer gorda y morena que estaba de pie en la puerta de entrada del salón. Se abrazaron y desaparecieron de nuestra vista. Mi corazón latía a mayor velocidad, pronto reventaría.

—Sabes que aunque lleve tu sangre, no te pertenece —bramó la anciana.

### *Paula Andrea Baena Ortiz*

Mariposas... pequeñas fuertes y ágiles, soñadoras expertas en sobrepasar los obstáculos que la vida les impone, sus alas de mil colores y figuras dibujan el atardecer en el campo verde y fértil; así soy yo, una persona que vuela para encontrar la felicidad y el placer de vivir mis sueños... escribir es desplegar mis alas, realzar el amanecer y configurar el destino.





# *Emilio y el águila*

*Diana María Gómez Castañeda*



En un campo muy verde, rodeado de grandes árboles y de plantas, donde habitaba la más hermosa variedad de aves, vivía Emilio con su familia. Era un niño simpático, de rostro alegre y ojos soñadores; aunque por momentos se sentía muy triste.

Algunas noches, su padre llegaba borracho a la casa y, sin ninguna explicación, gritaba y golpeaba a su esposa. Cuando al fin se le pasaba un poco la borrachera y se daba cuenta de lo que había hecho, se encerraba en el dormitorio hasta que le pasara del todo el efecto del licor y así no causar, de pronto, también daño al pequeño.

Emilio no entendía el comportamiento del papá en estas ocasiones. Con frecuencia el niño estaba triste y por eso se refugiaba en Troquelín, su perro fiel, su compañía en todo momento y en todo lugar. No había dicha más grande para los dos que visitar el encantador lugar de las aves: ellas, con su suave vuelo, tranquilizaban el corazón de Emilio, que se angustiaba cuando su padre estaba borracho. Troquelín conocía la tristeza del niño, por eso le seguía paso a paso en su caminar; sabía muy bien que con su compañía y la de las aves lograría darle las energías necesarias en la búsqueda de su sueño: tener una familia feliz.

Entre todas esas aves, había un águila que reflejaba libertad e inspiraba respeto y con la cual Emilio había entablado una estrecha amistad. El animal lo conocía, lo acompañaba y, cuando en las mañanas Emilio iba al paraje que tanto amaba, el águila alzaba el vuelo y se posaba sobre uno de sus hombros, como dándole la bienvenida a tan grata visita.

Troquelín parecía saber que Emilio amaba y confiaba mucho en esa ave anciana que siempre estuvo orgullosa por ser, entre todas, el águila majestuosa. Lo cierto es que Emilio necesitaba tener amigos con quién compartir y jugar. Pues bien, ya tenía dos: a Troquelín que guardaba fielmente hasta el secreto de una lágrima, y al águila, que al volar con toda su libertad, lo hipnotizaba llevándose el dolor de su corazón inocente, que

apenas empezaba a conocer los golpes de la vida. El viento era el aliado que recibía toda su tristeza, y entre el ir y venir le hacía olvidar, por momentos, todo lo vivido en su familia.

Las horas compartidas con estos buenos amigos eran felices para el niño. Emilio y Troquelín corrían por todas partes intentando alcanzar el vuelo de los pájaros o al menos tocar la punta de sus plumas. Emilio no paraba de reírse, sobre todo cuando por un tropezón con una piedra caía rostro abajo, haciendo que las aves tomaran ventaja en su carrera. Troquelín no se quedaba atrás, saltaba, brincaba y ladraba como burlándose de su amigo por no tener cuidado. Emilio, en medio de esa alegría, ni se fijaba en los raspones de sus rodillas pues su entusiasmo por alcanzar a las aves era más fuerte que el dolor. Además, los ladridos de Troquelín parecían decirle que tenía que ser valiente y seguir corriendo. Esto era motivo suficiente para levantarse y continuar aunque las aves estuvieran ganando esa disparatada competencia.

Así que emprendieron nuevamente la carrera; ya era difícil alcanzar a alguna de las aves, pero sí era posible alzar vuelo en la conquista de una fiel amistad: la de Emilio y Troquelín, pues el perro, aun en los tropiezos del camino, no lo dejó solo, se detuvo con él, corrió a su lado, llegando los dos juntos. Las aves ganaron su carrera y ellos ganaron la confianza de una buena amistad.

Una de esas mañanas en las que el campo parece más verde, Emilio se acercó a saludar a sus tan queridas amigas, pero el águila no estaba ahí. Sorprendido, comenzó a buscarla entre todas las aves. Troquelín parecía conocer los sentimientos del niño y por momentos actuaba como si también la buscara, desconcertado por no hallarla.

“¿Será que está enferma? ¿Qué le habrá pasado?”, se preguntó Emilio. El corazón le empezaba a latir con fuerza, asustado, con miedo de haber perdido a su amiga. Por suerte, estaba cerca de él un sabio búho, que prontamente se dio cuenta del dolor que sentía el niño y con voz pausada lo llamó y le confió en secreto:

—No hay de qué preocuparse: nuestra amada águila ya tiene cuarenta años, sus uñas están deformadas y débiles y no consiguen asir las presas de las cuales se alimenta. Su pico largo y puntiagudo se curva; sus alas están envejecidas y pesadas, y sus plumas, gruesas. Volar se le hace tan difícil que la pobre tiene dos alternativas: morir o enfrentar un doloroso proceso de renovación.

—¡Morir no! —exclamó el niño.

El sabio búho prosiguió la triste historia:

—Muy bien, ella aún no morirá, pero debemos comprender y aceptar la renovación que durará ciento cincuenta días.

—¿Ciento cincuenta días?... ¿Cómo es posible eso?... —preguntó nuevamente el niño.

—Ella debe volar hacia lo alto de una montaña y quedarse ahí, en un nido cercano a una gran roca, en donde no tenga necesidad de volar. Cuando ya esté ahí, ella comenzará a golpear su pico en la piedra hasta arrancarlo. Luego deberá esperar el crecimiento de uno nuevo con el que desprenderá una a una sus uñas. Cuando las nuevas uñas comiencen a nacer, deberá arrancar las plumas viejas. Después de cinco meses, regresará renovada.

Esta historia alegró mucho a Emilio, quien prontamente se secó las lágrimas y pensó: “Sería una vergüenza que yo estuviera triste por la ausencia de mi amiga el águila, mientras que ella, en silencio, se está sacrificando para poder vivir treinta años más con nosotros”.

Emilio empezaba a entender. Si tan sólo su padre pudiera ocultarse tras una puerta para después salir totalmente cambiado, sin furias ni tragos malos y los brazos tendidos para dar un tierno abrazo... “Sería hermoso”, pensó y lo deseó con todo su corazón. Sabía que su amiga el águila tardaría ciento cincuenta días para regresar renovada; pero no sabía cuántos días tendría que esperar para que su padre cambiara y pudieran ser una familia feliz.

Así que Emilio decidió esperar con paciencia a que su amiga regresara; tal vez ese regreso fuera también el de su padre. Volvió todas las mañanas al sitio del encuentro con las aves que tantos momentos felices habían dado a su vida.

Pasaron así cinco meses hasta que en un radiante atardecer el águila volvió a reunirse con su familia, exactamente como el sabio búho se lo había confiado al niño. El águila descargó su vuelo en los hombros de Emilio, sus alas no paraban de moverse. Emilio saltaba, gritaba y se reía de emoción. Troquelín ladraba dando una y mil vueltas alrededor del niño. La alegría pareció adueñarse del lugar.

El campo y la granja eran para Emilio toda su felicidad: ahí estaba su familia, sus seres queridos que nunca le dejaron solo; simplemente se ocultaban como el sol o como la luna, cuando por alguna circunstancia necesitaban dar un brillo mejor.

***Diana María Gómez Castañeda***

Nací en Andes, Antioquia. Siempre quise plasmar por medio de la escritura pensamientos o historias que pudieran motivar a los lectores a la reflexión; ahora que estoy en el décimo semestre de Educación Preescolar, les doy a conocer dos de mis primeros logros.



# *Tie-break*



*Camilo Herrera Rodríguez*







Ya no debe haber más comerciales en la transmisión televisiva: este es el *tie-break*, el desempate, la instancia final que vivirá este partido. Llevo recibiendo, devolviendo y atacando las líneas de esta cancha de piso duro por más de tres horas. Me duelen los huesos, los músculos y mi cerebro no da más: podría desmayarme aquí y no creo que alguien pusiera en duda, por lo intenso de este partido, mi buen estado físico. Los primeros dos sets quedaron 6-4 y 6-3 a mi favor, y los otros dos se los llevó él, el Número Uno del mundo, en parciales de 7-6 y 6-4.

Estoy meditando mientras espero el saque de mi rival, quien lanza la bola al aire, la impacta con violencia mientras baja y, por suerte, la pelota se detiene en la red. Tengo tiempo de recordar lo que es para mí, un número 16 del mundo, enfrentar al Primer Sembrado: una misión imposible. Sin embargo, lo he dado todo y he forzado un desempate: he alargado el encuentro lo que más se puede.

En este momento, mientras El Único se apresta a servir, una imagen aterradora se apropia de mi mente por casi un segundo: la cara de mi rival, alzando las manos, sonriente por la victoria. Debo borrar este tipo de distracciones de mi mente. Es prudente evitar esas ideas durante el partido, pensar en otra cosa: ¿será que ella está entre la multitud? La bola en el aire, el impacto que viene de derecha. Yo me anticipo y golpeo fuerte al centro de la cancha, ocasionando que el otro jugador responda con un buen sobrepique. Con todas mis fuerzas, en un movimiento, golpeo de derecha y dejo la bola en la red: un punto para mi adversario.

La niña recoge-pelotas me pasa cuatro bolas verdes de las cuales rechazo dos, mientras juego con las dos restantes, pasándolas por las redes de la raqueta. En una mano el mango, en la otra la pelota, con las rodillas flexionadas, tiro la bola hacia arriba a la par que hago un movimiento semicircular con

la raqueta para impulsar la esfera y golpear una línea del lado de la cancha contraria, con el saque abierto para que él no responda eficazmente: 1-1.

Mi primer servicio se va largo: *out*. El segundo se queda en la red: una doble falta que pone en ventaja a El Único.

Ahora él tiene dos saques para aumentar el marcador. Tengo que ganar uno de sus dos servicios y forzar lo más que pueda el desenlace. No dejo de pensar que, quizá, desperdicié una boleta de cortesía en esa mujer de piel trigueña y ojos verdes que sonrió (sin prometer nada) al recibir mi invitación. Mi rival lanza la pelota e impacta la bola en una esquina imposible de alcanzar por mi raqueta: no logro ni tocarla: 3-1 a favor de El Único. Pido la toalla, pero no la tiro: me seco el sudor que cae como gotas de lluvia. Mi contrario vuelve a sacar con violencia, sólo que esta vez yo devuelvo con la misma velocidad para que un peloteo de revés inicie gracias a él, quien me hace estirar las manos lo más que puedo, dándole yo cierto efecto a la pelota para quitarle velocidad, y respondo. El cambio de disparos se invierte a mi favor cuando logro golpear de derecha, poniendo a mi rival en dificultades. Me acerco a la red: lo que parecía un voleo fácil, se convierte en el desperdicio de una gran oportunidad al ver la bola rebotar en el entapetado, por fuera de la línea: 4-1.

Observo las tribunas en busca de su presencia (de ella): mi partido parece hechizado por el brillo de su ausencia. Esta vez, con mi saque, golpeo la pelota en la malla, pero ésta pasa hacia el cuadro de servicio de mi oponente, así que tengo otros dos saques. Desperdicio el primero, pero el segundo es alto y abierto. Lo devuelve con esa superioridad característica suya y me hace correr hacia el lado izquierdo de la cancha. Respondo para observar cómo golpea la pelota hacia el lado contrario, intuyendo que voy a llegar corto; da un saltito hacia la malla y minimiza mi respuesta con un toque suave que deja la bola muerta en mi lado de la cancha, mientras yo la observo rebotar a unos cuatro metros.

Estas demostraciones de maestría pueden ser muy frustrantes para un tenista como yo: sé que he jugado a la perfección, pero siempre recordaré los puntos que perdí: los errores no forzados, a pesar de que el anterior golpe de El Único fue certero y ganador. Es el cambio de lado y lo aprovecho para refrescarme y evitar malos pensamientos que puedan echar por tierra mi posibilidad de victoria.

Tengo otro saque: un buen saque me vendría bien. Acto seguido, empujo bruscamente la pelota en el aire y dejo la marca en la esquina izquierda de mi contrario: 5-2. La busco en otras mujeres y no la encuentro. Eso me hace pensar que estoy jugando un partido físico y dos mentales: uno en la cancha, otro en la gradería. Ahora necesito un pequeño quiebre, *mini-break* que llaman. Si no lo obtengo, mi rival tendrá un punto para partido con su servicio. El Único saca hacia mi cuerpo y no alcanzo a mover la raqueta correctamente, dejando la bola a mitad de camino entre la malla y yo. La velocidad del saque, según indica el medidor digital, fue de 220 kilómetros por hora: ¡vaya si hubiera dolido de no poner la raqueta!

La situación actual señala que yo estoy a un punto de perder y bastante lejos de ganar. Esta vez voy a abogar a mi devolución: seré lo más brusco y lo menos prevenido que pueda. Siento desilusión por la falta de inspiración en la tribuna.

Así que el saque de mi rival golpea la faja de la red, dejándole la posibilidad de un solo servicio. Sé que este partido lo tengo que ganar yo: él no me lo va a regalar. Su segundo servicio es abierto, pero yo le respondo con un golpe de revés paralelo, que lo deja estático: 6-3.

Para triunfar debo mantener el servicio. Fallo el primero y el segundo es bastante débil. Sin embargo, la devolución de mi rival no es muy profunda y me permite ejecutar un golpe certero de derecha, acercarme a la red y definirlo con un toque preciso, sin ser muy fuerte.

El Único todavía tiene su punto para partido: debo ser certero. Primer servicio en la red: mala señal. Esto pudo haber sido

un gran *comeback*. Me aventuro a servir al medio, en toda la esquina, sin miedo a la fuerza que implicaría una doble falta. Mi golpe sale con una exactitud milimétrica para que mi rival sólo pueda “morder” con la punta de la raqueta la bola: 6-5. Estoy de vuelta. Puedo resucitar, pero no puedo tenerlo todo: casi todos los puntos indican que ella no está.

A pesar de que él puede ganar el partido con su servicio, yo ya he dejado cualquier frustración atrás: siento a los dioses de mi parte. El Único, que ya no parece tan especial, me baja de la nube con un primer saque que, por poco, toca la línea. A seguir, un segundo servicio bastante decente que yo devuelvo con la misma pulcritud. Peloteamos por un rato, jugamos con las líneas. Yo sé que él cree que controla el punto, pero también sé que yo puedo darle una sorpresa. Y lo que hago es tirarle una lenta y precisa dejadita que efectúo suave con la cara de la raqueta, cercana a la malla, lejos de la línea de base que hemos estado tratando de dominar: el cambio de ritmo mata a mi oponente, quien observa la bola rebotar dos, tres veces, estupefacto.

Caminamos para cambiar el lado de la cancha con unos pocos segundos para refrescarnos. Ninguno de los dos bebe nada: parece que la adrenalina es la que nos mueve. Observo de reojo a mi entrenador, comprendiendo, gracias a seis años de una relación basada en la confianza, lo que sus ojos me indican. Me seco el sudor, nuevamente, con la toalla, y espero el servicio: quien gane este punto tendrá punto para partido. Nada garantiza la chica: la chica no es recompensa para ganadores ni consuelo para perdedores.

Mi rival pide cuatro pelotas y devuelve dos. Se mete una en el bolsillo de la pantaloneta y se apresta a servir. Lo hace con violencia, al centro de la cancha: me quito la bola con rapidez, la dejo un poco corta y, lo que parece un tiro fácil para El Único, es un error no forzado que se queda en la malla: 6-7. Estoy adelante y con mi servicio.

Estoy nervioso y, posiblemente, no cerraré el partido. Recojo mis pelotas y me dispongo a servir con violencia: dejo la bola

## MARIPOSAS EN LA BARRIGA

en la malla. Tengo el segundo servicio y me lo voy a jugar como si fuera el primero. Respiro, mientras reboto las bolas en el tapete. Saco, con todas mis fuerzas, y paso la pelota al otro cuadro correctamente. Sin embargo, El Único adivina el lado y responde con un rechazazo que me hace trastabillar, pero no lo suficiente, pues alcanzo a poner la raqueta hacia el lado derecho de la cancha, el más alejado para mi oponente. Comenzamos un peloteo de derecha que se vuelve interminable: yo con mis dudas, él con su majestuosidad. Pero cuando él parece tomar el control del punto con un revés paralelo y se acerca a la malla, yo me defiendo con un globo que lo deja mirando atrás. La gente en silencio, la bola que cae lentamente y el canto de *out* que nunca llega. Levanto las manos y doy un pequeño brinquito: he ganado el partido.

Sacudida de manos con mi oponente y con el árbitro: el resto de los aplausos y reverencias queda entre el público y yo. Una mirada a mi entrenador me corrobora, debido a su movimiento negativo de cabeza, que ella nunca llegó.

### ***Camilo Herrera Rodríguez***

Me considero un lector agradecido y de ahí la razón para escribir. Supongo que me gusta apasionar al lector y por eso encuentro en esa misma pasión la mayor motivación para encarar un texto. Crear historias que signifiquen algo para el lector es, más que un motivo, una dicha.





# *Perorata*

*Yudy Constanza Ortega Sánchez*





Sé que me has criticado por amar a Homero y a Platón, por atender a los versos de Walt Withman, Pablo Neruda, Jorge Luis Borges. Aun sabiendo que odias a los argentinos. Pero ché, qué le vamos a hacer, es por lo que vivo. Sé que sería la mujer perfecta si no me quedara engolosinada con los atardeceres en aquel lugar llamado Vaguara, donde los sapos viven croando y las hojas secas forman el más suave colchón para una siesta, o, ¿por qué no?, para hacer el amor. Ahora que lo pienso es una buena propuesta indecente. Podríamos jugar y yo permitir que bebas de mi sexo hasta hacerme llegar a la cúpula más alta de un roble, donde tus manos se vean enredadas en la suavidad de mi cuerpo y las mías embargadas de admiración en la arquitectura del tuyo.

Ella se sienta en una silla adornada con cojines color púrpura, deja que sus brazos caigan como si la desesperanza la habitara. Moja suavemente sus labios carnosos con unas gotas de vino que le brinda el hombre a quien le habla. Él, sin apartar la mirada de sus ojos, le agarra una teta. Ella, indignada, se pone de pie junto a la barra.

Se cae al suelo la copa de vino y con su estallido un grito:

—¡Tú crees que soy una puta! Pues no, soy tu mujer. A la que un día prometiste amar por toda la vida. La verdad no pensé que me encontrara ante un malandrín, que simplemente desea que le abra mis piernas cuando siente necesidad.

—Ja, ja, ja

—¿Por qué te ríes? —pregunta ella dejando que su voz siga proclamando tristeza—. No me digas que no estoy conectada con tus necesidades. ¡Al diablo!

Él la mira con odio, enciende el equipo, pone un tango que acompaña con su voz: “El encanto seductor, de tu risa de cristal, el perfume de tu amor y tu gracia espiritual, delicadamente, van engalanando mi ser... son rosas de tu rosal que con afán cultivé”... tatará... tatará.

—Creo que tú eres el que no te conectas con mis necesidades sensitivas. Qué costoso es que me regales una noche donde

pueda sentir el placer, que tus palabras exciten mis oídos, que mi piel se erice con tus besos. ¿Es acaso mucho pedir? Recuerdo nuestra luna de miel, te mostrabas tan caballero, me engalanabas con flores, regalos de todo tipo. Me hacías sentir como Venus flotando en una concha sobre el mar verdoso: ¡nuestro amor! ¡Sí, qué mar tan hermoso! Sólo en aquel entonces.

Se acuesta sobre el sofá grande, en posición fetal, y deja que sus lágrimas se desprendan como una Magdalena para desahogar su pena. Mientras tanto, el hombre se siente un miserable. Su corazón late fuerte, decide ponerle más volumen al equipo de sonido. Ella le dice: “Bájale a ese maldito aparato”. Él se queda sentado. Ella vuelve a gritarle con más fuerza. Él, como si no hubiese escuchado. Ella se levanta con el deseo de arañarle la cara.

Con toda la furia, se abalanza sobre él. Caen al suelo, él le toma las manos, posa sus labios con agresividad en los de ella. Ese beso se siente hasta el tuétano de los huesos. Él se excita, ella arde. Se desgarran las ropas como si fueran dos lobos. Él contempla a su mujer, la encuentra seductora. Deja que ella lo devore como nunca. Deslumbrados en el último instante, se quedan el uno junto al otro. Tenían la sensación de haber estado en el cielo.

Cuando sus respiraciones se normalizan, ella le dice:

—Hoy me he sentido tu mujer, Ricardo.

Mientras tanto, hacia sus adentros, él piensa: “Tu furia me ha desbordado”.

### ***Yudy Constanza Ortega Sánchez***

Oriunda de Pitalito, Huila, y estudiante de Filosofía. Cada vez que pienso en un cuento me traslado a un mundo donde todo es posible, donde soy lo que soy escondida en cada una de las máscaras de los personajes. Ahí todo termina siendo una posibilidad de encontrarse con uno mismo, cuando el frío de la soledad enfrenta a reconocerse como ser humano y a comprender la humanidad.

# *Hoy sí*



*Luis Pizano Palencia*



Plutarco se levantó con los primeros rayos de sol y las primeras oleadas de angustia ante la posibilidad de llegar tarde a su trabajo. Con más premura que puntería orinó, y en el éxtasis del momento en que la presión de la vejiga cede anunciando que la felicidad sí existe, cerró los ojos como celebrando su alivio. En ese momento pensó que no sería descabellado que uno pudiera orinar por mucho más tiempo, algo así como prolongar un orgasmo por capricho. De repente, se rompió el encanto ante la visión premonitoria de su jefe parado en la puerta de la fábrica, con una actitud que a él siempre le pareció hipócrita por lo exagerado de su sonrisa para dar los buenos días a sus trabajadores. La misma sonrisa que usaba al decir cosas desagradables, igual para un sarcasmo que para una mala noticia.

“¿Cómo se puede confiar en alguien que no cambia su expresión facial según las circunstancias?”, pensaba.

Ya en plena posesión de sus angustias matinales, frunció el ceño, pero sólo se percató de ello al verse en el espejo. Se miró con algo de asombro, y en ese mismo instante se prometió a sí mismo algo diferente, algo que lo anesthesiara de la penosa sensación de estar viviendo en círculos.

Los gélidos hilos que salieron de la regadera le hirieron en lo más profundo, como la certeza de lo inevitable. Pensó ponerse a salvo del horror girando un poco la ducha hacia abajo para empezar por los pies y darle así tiempo al resto de su cuerpo para prepararse para el contacto helado. Pensaba que sus pies eran menos sensibles al agua fría. Luego, decía, estaban las piernas, donde el contacto era moderadamente soportable; sin embargo, el estremecimiento mayor lo experimentaba cuando el agua mojaba su abdomen. Eso era otra cosa. Tomó un respiro profundo, como tratando de neutralizar los inminentes espasmos respiratorios desencadenados al choque del chorro con su espalda. Su cuello, rostro y cabeza hacían parte de la resignación final. Luego venía una tregua: el jabón. “¡Qué

alivio!”, pensaba en plena convalecencia de su martirio inicial. Al terminar su ritual en la ducha con el roce reivindicatorio de la toalla, sentía que con cada palmo que secaba, recobraba su condición humana.

En este punto ya Plutarco había claudicado de sus aspiraciones iniciales de romper su monotonía. Parecía levitar y se veía a sí mismo con pasmosa indolencia mientras se vestía; ni siquiera le prestó atención a la ropa para ese día: no hacía falta, todo le daba igual. No saboreó su desayuno, sólo lo comió. Tampoco pareció darse cuenta del momento cuando abandonó su casa.

En un zarpazo de conciencia, se vio parado, colgado de la baranda de un bus lleno de otros sobrevivientes de las duchas asesinas, rumbo a sus trabajos.

“¿Y si elimináramos los lunes de la semana?”, pensó para sí.

No alcanzó a elaborar su respuesta porque en ese momento, ese último instante que define las grandes cosas, oyó una voz que lo sacó a empellones de sus cavilaciones:

—Buenos días, Plutarco —dijo el hombre que le sonreía desde la puerta.

—Buenos días, jefe —respondió sin mirarlo.

### ***Luis Pizano Palencia***

Caucasia, Antioquia. De ascendencia paisa-costeña. Actualmente profesor de inglés en el Centro Colombo Americano y estudiante de Educación en la Funlam. “Escribo para conjurar los maleficios de la existencia”, dice. Ha escrito los relatos “Hoy sí”, “Piratas de agua dulce” y “La trampa”. Además, cocina a fuego lento una novela: “Carmela”.



# *Batalla final*



***Rodrigo Rafel Rivero Arroyo***





El mismo escenario de siempre: una cama pequeña, un estante con libros sobre el cual podían verse algunos utensilios de higiene personal, un ventilador, una grabadora y un banco de madera donde solía sentarme cuando la visitaba. Un escueto cuarto carente de vida que semejaba más una pintura bien hecha que un espacio real.

Durante todo el año escolar nunca hubo adiciones a los enseres de ese, su pequeño mundo. Utilizaba los objetos cuando era necesario y luego los devolvía a su lugar de origen, lo que ante cualquier mirada casual producía la sensación de que nadie nunca los había movido. A pesar de esta monotonía inquebrantable, nunca me aburrí llegar allí, porque sabía que la encontraría a ella.

Estaba sentada al borde de su cama, con un cigarrillo en la mano y varios trabajos esperando ser calificados. Como aquella vez cuando la conocí: mi amigo Manuel me había invitado a su casa para terminar un trabajo de la universidad. Era una casa grande que tenía muchos cuartos, y sus padres alquilaban piezas a estudiantes para ganarse un dinero extra. Llegué un tanto apresurado y, sin darme cuenta, entré a la primera habitación que encontré abierta. Y allí estaba ella, sentada al borde la cama, fumando, muy concentrada revisando unos papeles, que mas tarde supe eran pruebas escolares de sus alumnos de biología. Me disculpé torpemente por mi intromisión, ella levantó la mirada y solo sonrió, pero a partir de ese día mis visitas a Manuel fueron más frecuentes. Hoy lucía exactamente de la misma manera, como un vaticinio inexorable de que mi vida volvería a ser como lo era aquella vez, unos minutos antes de entrar a ese cuarto.

—Hola —le dije.

—Qué tal —me respondió sonriendo a medias.

—¿Muy enguayabada?

—No.

—Qué bien; yo tampoco.

—Siéntate —me dijo al notar que seguía de pie a unos pasos de ella. Alterando mi costumbre, me senté también al borde de la cama, tomé un cigarrillo y lo encendí. Ambos éramos fumadores empedernidos. Ella con el innombrable deseo de controlar su tendencia a engordar, y yo con la inútil intención de ocultar mi timidez.

—Quiero que sepas que estoy bastante apenado por lo que sucedió ayer. Me dejé dominar por mis impulsos y por eso te pido perdón —imploré dócilmente sin poder evitar recrear en mi memoria los acontecimientos de la noche anterior. Y dolía recordar; no como un dolor físico, sino como ese dolor que no sabes dónde lo sientes pero que te corta la respiración y te hace un nudo en la garganta.

Había decidido aparecerme de sorpresa en el evento cultural que se realizaba en el colegio donde ella estaba trabajando, sin otra intención que agradarla con mi presencia. Entré, pregunté dónde la podía encontrar y me señalaron uno de los salones. Antes de llegar a la puerta del salón, ya podía vislumbrar su silueta; hablaba con alguien, pero además de eso pude observar que esa persona la tenía tomada de la mano y que la familiaridad con la que se dirigía a ella no era precisamente la de un mero compañero de trabajo.

Mi cabeza empezó a buscar aceleradamente una y mil explicaciones razonables, pero nada de todo lo que a empellones pasaba por mi mente lograba disminuir el deseo incontrolable de borrar esa escena de nuestra historia. Seguí caminando y, cuando yo estaba a solo unos pasos de ella, él le acarició la mejilla suavemente. El movimiento que hizo con su rostro para aceptar la caricia, hizo que se percatara de mi presencia. Su actitud imperturbable, sus ojos que me miraban sin emoción, me alteraron; quizá yo no le di tiempo suficiente para reaccionar. En cambio mis emociones dictaron mis movimientos y cegado por la ira la abofeteé. Lo que siguió después es irrelevante, ni siquiera lo recuerdo con claridad y es lo que menos importa ahora. Su voz interrumpió las vertiginosas imágenes de la noche anterior, pero no permitió que me regocijara con el regalo de su mirada.

—Te perdono, pero eso no remedia nada, no cambia el pasado y sabes muy bien que tampoco influirá en lo que suceda en el futuro inmediato. Fue un acto espontáneo y libre de tu parte, con escondidas intenciones que no quiero ni creo que sea necesario descifrar.

—Me dejé llevar por mis impulsos, eso es todo.

—Pero siempre te has caracterizado por ser una persona muy ecuaníme, o por lo menos siempre lo has dicho. No solamente lo dices sino que lo demuestras —esta vez la frialdad de su mirada logró opacar la mía en un gesto desafiante.

—No sé qué pasó.

—Siempre la misma respuesta. Nunca sabes el por qué de las cosas ni estás seguro de ellas.

Calló por un momento, como pensando en el golpe final, en la estocada mortal que acabaría con esa batalla entre dos mundos. Pensé que ese era el momento justo para decir algo que borrara esas palabras, que detuviera lo que en el fondo, estaba seguro, nadie hubiese podido evitar. Mis labios no se movieron, pero los de ella lo hicieron sin temor, con una inclemente serenidad que me hizo estremecer; en ese momento supe que ya era demasiado tarde para remediarlo.

—No quiero seguir lo nuestro.

La miré, pero nuevamente sus ojos preferían alejarse, mientras que una de sus manos llevaba el filtro de otro cigarrillo a sus labios. Casi por inercia imité su gesto y luego encendí ambos cigarrillos. Siempre fumábamos al mismo tiempo. Cuando acabábamos de conocernos y descubrimos que compartíamos el vicio, discutimos tratando de descifrar quién fumaba más. No llegamos a ninguna conclusión satisfactoria, pero decidimos que si ella fumaba, yo tenía que hacerlo también aunque no tuviese ganas, y viceversa. De esta forma, sin darnos cuenta, sin mencionarlo siquiera, ambos empezamos a retrasar nuestras ganas para no hacer que el otro fumara. Aunque no creo que en ese primer momento ninguno de los dos pensara en ayudar al otro.

—¿Por qué? —dije sin convicción.

—Creo que esa pregunta sobra.

Seguía sin mirarme.

—No importa, quiero escuchar tus razones, no tengas lástima de mí. Dime todo lo que sientas, todo lo que pienses. Dame un por qué.

—No tiene sentido hablar de algo que tanto tú como yo comprendemos perfectamente —dijo en tono desesperado.

Me levanté de la cama. A pesar de mi resistencia, sabía que no lograría hacerle decir nada que yo no intuyera. Entonces decidí en cierta forma responderme a mí mismo.

—Sabías que era inseguro, desequilibrado, inconstante, voluble y todo lo demás. Entonces, si sabías todo eso, por qué no me rechazaste desde el primer momento, por qué no me dijiste de una vez que no insistiera. Te juro que no hubieras vuelto a saber de mí y esto no habría sucedido. Lo hiciste por lástima, ¿verdad? Lo hiciste porque sabías que estaba enamorado y que rechazarme hubiese sido muy doloroso para mí. ¿Y no crees que esto sea más doloroso aún? ¿No crees que esto me haya causado un daño peor? Está bien, reconozco que anoche hice mal, muy mal. Pero te he pedido perdón, te lo pido nuevamente: perdóname. ¿Es que no te basta con eso?...

Sin querer, yo lloraba, pues el dolor de saber que la estaba perdiendo pudo más que mi deseo de hacerme el fuerte. Me había entregado a ella por completo y ahora no soportaba su rechazo. Sentí la imperiosa necesidad de castigarme de alguna manera. Sólo tuve que avanzar dos pasos, introduje los dedos de mi mano derecha por la rejilla que cubría las aspas del ventilador que produjeron sendas heridas en mis dedos anular y medio. El ruido que hicieron los huesos al chocar contra el metal la hizo reaccionar. Se levantó rápidamente y cubrió la mano herida con una toalla. La sangre había salpicado las paredes, impregnando la habitación de un nuevo color, que irónicamente la hizo revivir.

## MARIPOSAS EN LA BARRIGA

\*\*\*

Nunca más volví a verla, pero su recuerdo permanece indeleble en mi mano derecha. Su decisión fue inamovible y certera. Cuando decidí buscarla con la esperanza de seguir teniéndola, aunque fuese como una amiga, ya se había marchado. Le pedí a mi amigo que me dejara entrar al cuarto por un momento y accedió a regañadientes. Estaba completamente vacío, pintado de un color oscuro como en un inocente intento por ocultar lo que había sucedido allí.

### ***Rodrigo Rafael Rivero Arroyo***

Soy estudiante de Contaduría Pública de la Funlam. Nací hace 47 años en un caluroso pueblito costeño. Mi gran pasión es leer, que se entremezcla con el gusto por los idiomas y el cine. Empecé a escribir motivado por el deseo de crear cosas tan bonitas como las que leía. Estoy muy lejos de lograrlo y creo que moriré intentándolo.



# *Zapatos de tacón*

***Raúl Alberto Ruiz Madrigal***





A ritmo de taquicardia camina Emilia todas las noches; el eco de sus zapatos de tacón retumba en las calles oscuras que recorre desde el restaurante donde trabaja hasta su casa. Después de cenar y de narrarles a sus padres su día rutinario, Emilia se encierra en el baño, humedece su rostro con un poco de agua para limpiar los restos de maquillaje que el día no ha podido borrar, hasta quedar con la cara pálida, reflejando así su fatiga y su melancolía cotidiana. Se tiende en su cama; su espalda desnuda es lo último que cubre la sábana, hasta que sus ojos nuevamente observan las siete menos cuarto, hora en que comienza su día.

En esa mañana, mientras ella desliza las manos entre su cabello y el agua recorre su cuerpo, el dolor de una traición moja también las mejillas de su rostro. Después de cuatro años aún tiene presente la tarde cuando caminaba por el Parque de los Deseos y sin querer se cruzó con el hombre que había decido elegir como esposo, pero él sostenía la mano de otra mujer. Emilia, a sus 29 años, padecía la lepra del amor, esa enfermedad que poco a poco te pudre en pedazos.

Se despide de sus padres, cierra la puerta y las calles familiares hacen que piense que este será otro día igual a otros, sin ninguna sorpresa ni emoción. Platos van, platos vienen, se quiebran, se limpian, se pagan del sueldo; una cuenta se lleva y otra se recibe, ocho mil pesos de propina y hasta propuestas indecentes quedan sobre la mesa que Emilia organiza, cansada, antes de que sean la ocho de la noche, hora en que debe salir para su casa.

Lo primero que cruza la puerta son sus zapatos de tacón rojo, que, imponentes, se preparan para el recorrido que ya conocen de memoria: saben dónde están los huecos de la calle, aprendieron maniobras para esquivar los charcos en donde se reflejan y, sin tambalear, siguen la armonía que su dueña les impone.

A la mitad del camino el aire se torna más frío, la piel se le eriza y se abriga con los brazos; a su cabello lo desordena el viento y por eso lo asegura con una liga; se descuida y da un paso en falso que la hace perder el equilibrio y cae sobre el asfalto. Después de consolar su tobillo y recoger su tacón, levanta la cabeza; se da cuenta de que se halla en un callejón oscuro y, para su sorpresa, al fondo del mismo ve la figura de un hombre, apenas iluminada por la tenue lámpara de neón.

Sin embargo, ella se da cuenta de que el hombre es agradable; no le inspira temor: parece fuerte, sus brazos y piernas son fornidas; con un cigarrillo en la mano y una sombra de barba, es irresistible. En la encrucijada de lo prohibido, ella siente cómo la tentación rompe con los parámetros de la cordura y, seducida sin explicación, se aproxima a él.

Ya frente a él, sus piernas se paralizan y, muy dispuesta, su cuerpo se deja caer en una tormenta de adrenalina que termina con el éxtasis de un beso, acompañado de caricias y el encuentro de los cuerpos. Durante el beso, Emilia piensa en un millón de cosas. ¿Cuánto tiempo había transcurrido en ese encuentro? Le parecieron apenas unos segundos, pero sabía que no podía ser, que había flotado en el tiempo en brazos de ese desconocido.

“Jue madre, ¡la embarré! De facilita, pues, si no; no llevo quince minutos de conocerlo y me fui de atrevida. Pero él tampoco se rehusó, ¿será que encontré el amor de mi vida?, pues cuando me pongo de selectiva termino escogiendo al más gañán. ¡Uyyy! cómo besa de rico, ¡ay Dios!, ¿yo qué hago acá? Me siento como en el cielo; este tipo parece una ilusión. ¿Cómo pude llegar hasta este punto?, pero no importa; desde hace mucho tiempo no arriesgo nada y a la final ¿qué tengo que perder?... lo voy a invitar a tomar un café”.

Por la cabeza de él también se revuelcan los pensamientos y las dudas: “No la voy a dejar de abrazar, ¿y si la beso otra vez?, ¿y si me cree un lanzado?, ¡qué vieja tan buena!, esto no se puede acabar aquí”.

## MARIPOSAS EN LA BARRIGA

Luego de tanta pasión, y entre la humedad de sus cuerpos, el miedo se coló en la mente de ella y después de cubrir su cuerpo con premura, abandonó el lugar con solo un tacón en la mano.

A la noche siguiente, ella regresó a buscar a este hombre clandestino, que, lejos de cortejarla con detalles corrientes, obtuvo su corazón entre calles y grafitis. Él también estaba ahí, esperando a la mujer que le entregó su voluntad y amor: “¿Regresará para invitarla a tomar un café y poder conocerla mejor?”, se pregunta.

Puntual Emilia llega al callejón y lo ve, emocionada. Se acerca, insinuante, pero no pasa nada, es como si él no la viera, aunque ella grite y lo llame desesperada; no entiende qué pasa. Por fin se acerca a ella casi corriendo, y de un momento a otro deja de verlo; cuando mira hacia atrás, se da cuenta de que él cruzó a través de su cuerpo y que su prisa se debió a que, en un rincón de la calle, logró ver el tacón rojo que calzaba la mujer que hace una noche lo cautivó; se encontraba al lado de la caneca de basura y, a pocos metros, una de esas estrellas amarillas con las que señalan las tragedias de la ciudad.

### ***Raúl Alberto Ruiz Madrigal***

Nací en Amalfi, Antioquia. Estudio décimo semestre de Derecho. La vida es como un cuento con toques de tragedia, unas veces trae risas y otras más sólo miserias. En tus manos la pluma con la que escribes el destino, tú decides ayudarte o perderte en el camino... Escribir para mí es la forma más sincera de mostrarle al mundo cómo las palabras son capaces de contar el más complejo sentimiento.





*Medellín  
a lomo de mula*

*Luis Fernando Vallejo Gómez*



## MARIPOSAS EN LA BARRIGA

La primerita vez que vine pa' Medellín fue montao en mi mula. Al lado de mi apá y los otros arrieros, recorrimos sus calles un sábadu por la mañana. Recuerdo que había muchas personas en las calles —¡qué calles tan grandes!—; en las ventanas de los edificios más gente, en los balcones de las casas otras personas; y todos nos aplaudían.

Entre tanta gente, éramos los más importantes, el centro di'atención. Los recuerdos de los viejos, una novedá pa' los chiquitos, algo raro pa' los muchachos, en fin, me sentía como lo más grande de la creación.

\*\*\*

—¡Que no podés ir! —decía mi apá cuando le insistía pa' que me llevara al desfile—. Estás muy pelao pa' un recorrido tan duro.

El Palomar es una vereda del municipio de Montebello, en las montañas antioqueñas donde nos dedicamos al cultivo de café y aguacate. Es donde vivimos mis papás, mi hermana mayor y yo. Pa' poder vender todo lo que cosechamos, nos vamos en mula hasta Santa Bárbara, La Pintada, Versalles y Montebello.

Mi apá me lleva, pues dice que debo aprender el oficio con el que me voy a ganar la vida. Me gusta lo que hace mi apá. Quiero hacer lo mismo cuando sia grande. Quiero arriar, vivir entre montañas, respirar campo, escuchar su canto, disfrutar su paz, su soledá. Mi amá nunca ha estao di'acuerdo y quiere que vaya a estudiar, que me eduque, que sia una persona de bien, no un campesino bruto como mi apá. Ella quiere que sia como mis tíos que viven en Medellín. Pero soy campesino y quiero serlo hasta la muerte. Así dice mi apá; recorrer los caminos riales con mis bestias, cuidalas pa' que me rindan, andar di aquí pa' allá y de allá pa' ca. Como hace mi apá.

Aunque mi amá no quiera, deseo estar en el desfile de arrieros y mulas en Medellín, pa' entender por qué las personas desean isen pa' la ciudá. Mi han dicho que es una ciudá grande, que hay muchisísima gente, grandes edificios, muchos carros y ninguna mula en la calle.



—Que no insista pues, muchacho. No ve que su apá no quiere que usted tope pu allá alguna enfermedadá —decía mi amá.

—Mejor quédese, que acá hay mucho qui hacer. Además siempre es bueno que en la casa no falte un hombre.

Mi amá si es bobita... ¿Un hombre? Y yo con ocho años apenas.

\*\*\*

La noche anterior a la salida de mi apá, no pude pegar el ojo. En toda la tarde estuvimos preparando las bestias, los aparejos. Los costales que llevarían los animales los llenamos con hojas secas de plátano pa' hacer ligera la carga. Él no mencionó nada durante todo el día. Me resiné a no ir. Fue a las cinco de la mañana cuando se acercó a mi cama y con unos golpecitos suaves en la espalda me dijo:

—Mijo... levántese pues, que nos vamos.

¡Qué alegría!, ¡qué emoción, mi corazón iba a explotar!  
¡Conocería Medellín!

Iniciamos el recorrido pa' Montebello a eso de las seis de la mañana con trece bestias, propiedad de mi apá. También viajaron mi amá y mi hermana que se despedirían en el pueblo. Después de las siete de la mañana, los arrieros y sus bestias salimos del pueblo pa' cumplir con la primera de cuatro jornadas que esperábamos terminar el sábado en Medellín. Dejamos el pueblo y la gente nos despidió con música muy sabrosa, las campanas de la iglesia sonaban como aplausos musicales.

El trasnocho me venció y la primera jornada la hice sobre la mula rucia durmiendo a pierna suelta. El camino que faltaba antes de entrar en la ciudad fue la mejor experiencia de mi vida: las montañas llenas de cultivos, campesinos trabajando la tierra saludaban a nuestro paso; casas humildes a lo lejos, animales comiendo tranquilos, mariposas, pájaros y otros animales parecían felices de vivir en el campo.

Unos tramos los hacíamos caminando, nos bañábamos en ríos y quebradas cristalinas. Tomábamos sus aguas sin temor, comimos

## MARIPOSAS EN LA BARRIGA

mangos, guamas, naranjas, guayabas, zapotes, mandarinas, de todo. Nos hartamos de tanto comer.

En las noches, mi apá me mostraba todas las estrellas y me decía el nombre de algunas. “Mire, mijo –decía él–, ésto no se ve puallá en la ciudá, aprenda a querer el campo, él nos ha dao todo lo que tenemos.

\*\*\*

Estábamos tan bonitos pa’ entrar en la ciudá, que parecíamos de esas fotos que venden en el pueblo; los campesinos que veníamos en el desfile con nuestros animales aperados con bultos como pa’ la venta, carriel trenzado al pecho, poncho, peinilla y sombrero blanco, hicimos nuestra entrada a la ciudá de Medellín.

Éramos en total 124 arrieros, incluido yo por supuesto, cada uno con dos mulas, todos a pie con la mano en las riendas de los animales. Parecía, de verdá, la época en que pa’ salir de los pueblos de Antioquia era necesario tener una bestia, como me contó mi apá.

La gente nos veía desfilar, arrumada en las esquinas.

–Es que ya las mulas y los arrieros son muy raros. Cómo será que pa’ velos hay que organizar un desfile –comentaba la gente a nuestro paso.

¡Qué linda Medellín! Sus gentes, el metro, el Edificio Inteligente, los parques, ¡las calles tan grandes!

Gracias apá por este regalo tan hermoso. Hoy que conozco esta ciudá, quiero seguir viviendo en mi campo. Medellín, qué rico habete conocido aunque sea a lomo de mula.

***Luis Fernando Vallejo Gómez***

Nací en Montebello, Antioquia. Actualmente curso quinto semestre de Derecho y Ciencias Humanas en la Funlam. Siempre he creído que en la medida que leas, en esa misma medida sientes deseos por escribir y cada que escribes, ves la necesidad de leer.



**III PARTE  
TRABAJOS DURANTE EL TALLER**





# *Esperanza*

*Juan Sebastián Acosta Zapata*



Esa tarde salí de la oficina desesperado. Contaba apenas con el tiempo justo y no tenía ni el más mínimo indicio de sobre qué escribir. Me senté en el café de siempre. Abrí el periódico y pedí un tinto. Amargo y sin azúcar, como siempre lo tomo. A lo lejos, un joven me miraba con asombro. Tenía en la mano uno de esos cajones de embolar zapatos y un periódico que sostenía entre su cintura y el cajón. Fue el periódico lo que despertó mi interés por él; en esta ciudad no gozamos de muchos lectores y encontrarse uno por ahí, y además tan joven, era un suceso extraordinario que merecía toda mi atención. Miré mis pies esperando encontrar zapatos y con ellos la excusa para entablar una conversación con el muchacho; pero yo nunca uso zapatos; siempre llevo puestos los mismos tenis viejos; sin embargo, esto no me impidió hacerle un gesto con la mano e invitarlo a acercarse.

Con una timidez mezclada con miedo y desconfianza, se acercó a mi mesa, no quitaba la mirada de mis pies. Le ofrecí café y prefirió gaseosa, le pregunté qué hacía y me contó que embolaba zapatos en el día y recogía cartón en la noche. Qué preguntas las mías, qué más puede hacer un joven negro y pobre en un país donde todos se creen blancos y ricos, hasta los negros pobres, ¡pues trabajar, pendejo!, me dije.

Momentos después de sentarse, descargar el periódico en la mesa y el cajón en el suelo, me pidió con una humildad casi de mendigo, que le firmara el periódico; buscando justificarse me dijo en tono de quien pide un milagro, que él me leía todas las semanas, que después de embolar los zapatos de los viejos que se sientan en el parque, le pedía a cualquiera la hojita con mi crónica y que así no le pagaran él se iba feliz por haber leído la crónica del Negro Carlos. Se rió de pena y con un ademán nervioso me entregó el periódico. Tomé un lapicero y escribí ese garabato que llaman firma.



Con una curiosidad casi ofensiva le pregunté:

—¿Por qué te gusta leer mis crónicas?

Dijo que había tenido un hermano. Y que yo me le parecía mucho.

—Un negro como yo, tan loco, tan vagabundo, qué va a tener un doble por ahí —le dije.

Él me contestó que no me preocupara porque el hermano ya se había muerto. Inquieto, indagué por el cómo, por los detalles. Con acento entre chocoano y paisa, y la facilidad de un gran narrador, me contó la historia, y yo se las cuento a ustedes, no sin adornarla con imágenes que el muchacho me iba sugiriendo:

Fue un domingo de mañana lluviosa. En el techo de zinc resonaban como golpes de los dedos de dios las gotas de agua. En el fogón se freían dos huevos y se asaban arepas. La casa estaba llena de olor a chocolate.

La familia estaba hambrienta, hacía días no tomaban un desayuno tan completo: cuando había arepas, no había huevos, cuando había huevos, no había chocolate. Sin embargo, ayer, Jaime, el hijo mayor, había tenido un buen día. Por eso esa mañana comían todos y de todo.

La puerta de madera, sostenida a medias por unas bisagras viejas, era la única guardiana que los custodiaba. Los protegía de la realidad y les permitía crear otra, paralela, clandestina, feliz.

Las paredes estaban hechas de tablas pintadas; las camas eran colchones viejos, y los niños, pequeños duendes negros que revoloteaban por toda la casa. Había un tenue y mortecino vaho de alegría. De repente, un estruendo. La puerta guardiana, virgen hasta ahora, cede a los visitantes y cae; los niños estallan en un llanto escandaloso y el chocolate, ese que hervía, se riega en el piso de arena. Los tres visitantes invaden la cocina y exploran con su mirada como buscando algo.

—Yo no sé de armas, pero fueran las que fueran, todas me dieron el mismo miedo —me dijo interrumpiendo la historia.

Tomaron a Jaime de la camisa y lo sacaron a empellones. Él no lloró, no gritó, no los insultó. Sólo le dijo a su madre unas palabras que aún, por más que quisiera, el hermano no lograba olvidar:

—No se preocupe, madrecita, en la noche estoy aquí, guárdeme chocolate caliente que yo no me demoro.

Ese día doña Luz, cumpliendo con un ritual casi sagrado, llevaba puesta la ropa de domingo, la de ir a misa; un hermoso conjunto vino tinto que le regaló su marido antes de dejarla abandonada a ella y a sus seis hijos a la suerte, al destino, a la mirada de un dios ciego. Desde ese entonces, Jaime era el hombre de la casa: embolaba zapatos en el día y recogía cartón en la noche, y con eso, con betún y cartón, alimentaba a su familia.

—Y es que aquí, en el país de los héroes, las capas son de cartón, y si volamos, no es por poderes mágicos, sino por hambre, no se imagina usted las facultades que da el hambre —dijo el muchacho, mientras me miraba fijamente a los ojos. La intensidad de su mirada y la fuerza de su voz me hicieron pensar que llevaba toda la vida meditando esas palabras, pero qué error tan grande cometí: hay dos clases de pensamientos, los tradicionales, que son los que se piensan, y los otros, los que van más allá de silogismos, de lógicas, de métodos; los que ni siquiera hay que pensarlos, basta con sentirlos en el cuerpo como una invasión, como un golpe de estado a esta razón que nos hace creer dueños de todo.

Se detuvo unos segundos, se secó una lágrima imprudente que le caía por el costado derecho y continuó diciendo:

—No se sabe qué pasó con Jaime; yo heredé el cajón de embolar y el costal. Apenas tuve edad, salí a embolar zapatos y a recoger cartón. Empecé a construir mi capa.

Desde ese entonces y todos los días, a eso de las seis de la tarde, doña Luz pone a hervir chocolate, se viste con el mismo conjunto vino tinto, ya raído por los años y las polillas, y se para al lado del poste de la carretera a esperar el carro gris que se llevó a Jaime, y ¡ay de quien le diga que Jaime no va a venir!

Ese mismo día, fui con el muchacho a su casa; eran más o menos las seis. Me peinó con un cepillo que llevaba en su bolsillo trasero, no sé cómo se las arregló pero domó mi cabello rebelde. Cuando doña Luz me vio, se puso a llorar y me sirvió una taza de chocolate.

Yo me llamo Carlos Enrique Mosquera Serna, de eso estoy seguro, pero por ese día fui Jaime, y como Jaime no sabía leer ni escribir, y obviamente no era periodista, esa vez el periódico tuvo que prescindir de mi crónica semanal.



*Su primer suspiro*

*Paula Andrea Baena Ortiz*



Entre juegos e inocencias se conocieron y en esa misma inocencia se perdieron.

Ana era una niña extrovertida, alegre e inocente, le gustaba compartir con chicos y chicas de su edad, pero nunca pensaba en el amor, pues para ella eso era algo que nunca había tocado su corazón y no sentía la necesidad como sus amigas. Un día, por casualidades de la vida, conoció a un chico, vivía cerca de su casa, era el mejor amigo de su hermano mayor.

Una tarde, al llegar del colegio, lo primero que vio, fue a su hermano y a su amigo Víctor en la sala de su casa; los saludó gentilmente, y así entre Víctor y Ana surgió, espontánea, una conversación sobre gustos y aficiones comunes. Como a su hermano no le interesó el tema, se retiró a su habitación y los dejó solos en la sala.

Víctor quería ir a cine y, sin pensarlo dos veces, invitó a Ana. Se trataba de una buena película; Ana aceptó. Con los días, se fueron dando cuenta de que tenían muchas cosas en común. Conversaban, charlaban y lo pasaban muy bien, hasta el punto de que entre los dos fue naciendo una amistad tan estrecha que era la envidia de todos los amigos y compañeros. Se volvieron inseparables.

Tanta confianza y asiduidad hicieron que el papá de Ana se volviera desconfiado y que le prohibiera las salidas de noche, las visitas, las llamadas telefónicas. En los últimos meses, alegaba, su niña, la niña de la casa, ya no quería pasar el tiempo con la familia, solo quería estar en la calle con su amigo; además se le enfrentaba, lo retaba y eso él, el papá, no lo iba a tolerar. Sólo fue por la intermediación de la madre de Ana que el papá fue aflojando la rienda y, ya seguro de que se trataba de una amistad verdadera, los dejó en paz.

Lo que sólo era una amistad en apariencia, a la que los dos prometieron cuidar y guardar, estar cerquita cada uno del otro para ayudarse y protegerse, se convirtió en algo más serio. Ahora, como se dice, el travieso Cupido los confundía y comenzaba a hacer de las suyas; pero ninguno de los dos se atrevía a decir

nada, pues sentían que primero era la amistad que cualquier otra cosa y que no debían confundir el cariño de amistad con el amor. Eso era lo que pensaba cada uno, sin contar con el otro.

Un día, al comprobar los asedios de un pretendiente de Ana, que le envía rosas y detalles, Víctor, celoso, se atreve a decirle todo lo que siente. Ana queda sorprendida, su corazón comienza a latir muy fuertemente; siente que le tiemblan las piernas y que sus manos están muy frías, y no sabe qué decir. Cobarde, no acierta a declararle a Víctor su amor. Y por eso, trata de seguir como al principio, tiene miedo de que una relación amorosa dañe la amistad que con tanto amor han construido. Por eso, a pesar de la gran tensión que hay entre ellos, de que sus miradas se buscan y las manos quieren tocarse, no vuelven a tocar el tema: ambos saben que su amistad es algo enorme y hermoso, limpio e inocente y que no deben dañarlo.

A los pocos meses, Víctor viajó a otra ciudad para comenzar sus estudios y nunca más volvieron a verse.

Ana desde entonces no ha roto esa promesa, pues día a día le ruega a Dios que lo cuide y lo proteja, pues fue su primer amor y aunque en ese momento no lo supo expresar, lo espera aunque sepa que nunca regresará.

A faint, light-colored illustration of several maple leaves is scattered across the page, serving as a decorative background for the title. The leaves are detailed with veins and are positioned in various orientations, some overlapping.

# *Grandes desconocidos*

*Diana María Gómez Castañeda*





Pasadas las ocho de la noche, Rodolfo ve correr a sus parceros que se dirigen a la esquina del callejón para, por algunos minutos, detener la película para reunirlos como a un solo rebaño de actores que divagan sin sentido por la vida, esperando como única ilusión recibir un vaso lleno de chocolate caliente y un trozo de pan.

Algunos de ellos angustiados, otros, frescos y charlatanes, esperan a que termine la larga fila a la que deben someterse todos los miércoles en la noche; esas noches de miércoles un grupo de personas cambian el panorama en el duro callejón de la ciudad. En la fila por lo menos hay esperanza de que algo caliente y un poco de alimento, tal vez acompañados de una sonrisa, les ilumine en la oscuridad.

Cuando descargan esas manos misericordiosas la última gota de chocolate del termo gigante, y en la bolsa del pan sólo quedan migajas, cada uno toma su rumbo como ovejas dispersas, sin un pastor que les oriente. Volverán con su cacho de marihuana con el que apaciguan la fatiga y el hambre y la ansiedad.

El teatro de la vida está ahí, con sus escenas más duras, más dolorosas: algunos de los actores compran o venden droga. Para unos es el sustento de la vida, y para otros, el sedante que les hace olvidar por un momento el dolor o sufrimiento que les enluta la vida. También se pueden ver escenas tituladas “locas”, en donde aparecen actores vestidos con pequeñas faldas, cortas blusas y zapatos de tacones; así vestidos toman un taxi para ir al “trabajo”.

Entre la variedad de canales no puede faltar el programa para niños, pero debe ser visto “en la compañía de un adulto”. Se muestra, pues, en el escenario, a los pequeños peregrinos vendiendo su propio cuerpo para poder llevar una moneda o un pan a la casa. Una casa ubicada en el callejón y construida con pedazos de cartón, de tablas, de latas.

Como toda buena escenografía, se necesita de un director, capaz de decir en medio de la grabación “¡Corten!”, y detener la acción. Rodolfo sabe que tiene sus propias “directoras”: son

*Las hermanitas del convento*, quienes todos los miércoles dejan por un rato la paz de su refugio en donde conviven como una familia armoniosa.

Ahora las hermanas están en frente de Rodolfo, los labios de una de ellas se mueven, parecen vocalizar dos silabas: “cor-te”, el viento arrastra esa voz hasta sus oídos, es una voz melodiosa que dice: “¡Corte!, hay que cambiar de escena”; y sí, todo cambia, así sea por unos segundos o tal vez, por unos minutos.

Esto es lo que Rodolfo siempre había esperado, lo que siempre había soñado. La voz esperanzadora de un director de vidas que no lo juzgara, que no lo condenara por la actitud que para muchos en la sociedad es un pecado: ser drogadicto. Encontrar una voz de aliento, una mano amiga es su mayor recompensa en la vida, más que el pan o el chocolate que se desvanece prontamente en el estomago vacío.

Después de saborear el último bocado de chocolate y sentir la última harina de pan que se pierde en su boca, Rodolfo pronuncia las palabras que le salen del alma: “Gracias, Dios le pague, Dios la bendiga”. Son palabras de verdadero agradecimiento; palabras que fueron grabadas en su corazón desde que era niño y tenía un hogar. Estos recuerdos son la llanita que mantiene encendida la esperanza de saber que algún día la señal televisiva se sintonizará mejor, y él, como protagonista de una nueva serie, se interesará por cambiar aquella historia que ha marcado la vida de tantos otros como él. Muchas veces, y sin saber bien cómo, cayeron en el pozo de la droga sin otra alternativa que cambiar el puro y fresco aire que oxigena los pulmones por el aire que produce una botella o tarro de sacol, consumir alucinógenos y exponer el cuerpo a todos los azares y penurias.

Luego del pequeño descanso en la película trágica de la vida de Rodolfo, todo vuelve a ser igual, la programación sigue y él piensa: “Veo a estos maricas correr, es señal de que las hermanitas llegaron con el chocolate y el pan, qué mierda que tengamos que hacer esa fila tan larga, me toca en la cola y no voy a alcanzar, córrase pirobo que esta gente ni siquiera se

atreve a tocarme, qué habrá hecho ese desgraciado que los tombos lo cogieron, qué se robaría esa rata, seguro estaba comprando marihuana, por eso se lo llevaron pa'l calabozo, se perdió el chocolate de esta noche, por fin me toca el turno: “Buenas noches, hermanitas, gracias por traernos ese chocolate tan rico, siempre está calientico, Dios las bendiga hermanitas que tengan buenas noches; parcero nos vemos dentro de ocho días, uy, loco, estos pirobos se van a ir y me van a robar el rinconcito pa' dormir.”

Tras unas cortas horas de sueño, que rápidamente se pasan en la cama fría y dura del suelo, cubierta por sábanas hechas con papel periódico y una cobija llena de huecos, sólo basta esperar el nuevo día. Entonces Rodolfo se pone en pie, restriega con sus manos el rostro, da un bostezo y se prepara para ensayar con todos los parceros el próximo capítulo en el cual se irán hilando escenas que han estado confusas en la vida de cada actor y así, día tras día.

Pocos han querido ver la programación “alterna”, la del cine independiente, donde se descubren los secretos que guardan estos grandes desconocidos de la sociedad, los parias, los desechables, los que a nadie importan. Y que siguen luchando hora tras hora, hasta que la programación diga definitivamente, que ha llegado el FIN.





2017

*Camilo Herrera Rodríguez*



La heroína apareció de espaldas. Segundos después dio dos pasos hacia delante, seguidos de un giro de ciento ochenta grados que solía realizar como reconocimiento. Mientras salía de la cueva se escuchaban cada una de sus pisadas. Inmediatamente vio la luz del sol, apagó su linterna, la guardó en uno de los bolsillos laterales del pantalón y admiró el paisaje: un desfiladero de rocas de casi ochenta metros que terminaba en un estanque alimentado por un hilo de cascada, que resonaba en medio de esa imponente naturaleza.

Intuyó que debía bajar. Entonces, esa mujer guerrera que practicaba la arqueología, decidió que la única forma de alcanzar su objetivo era descolgándose. No tenía el equipo requerido para hacerlo, sólo sus manos y pies. Pero esas dificultades, tal como acostumbraba, no la detendrían. Así que dio la espalda al abismo, se colgó, agarrando con las manos el borde del precipicio y se dispuso a descender. No tuvo problemas con los primeros treinta metros: las rocas que sobresalían soportaban bien el peso de la guerrera. A mitad del recorrido tuvo la oportunidad de ponerse de pie en una superficie de dos metros que constituía el techo de una enorme piedra. La caída ya no era tan profunda, pero seguía siendo mortal. La guerrera aprovechó para retomar energía bebiendo una infusión que guardaba en un termo.

Sin embargo, la piedra que la sostenía pareció aflojarse y rápidamente tuvo que encontrar otra opción. Por suerte, sólo transcurrieron segundos para que la encontrara. Una alternativa peligrosa, casi suicida, que, sin embargo, tampoco la detendría, como no la detuvieron antes los cinco minutos que tuvo que



pasar sumergida en un agua infestada de tiburones, ni el valle repleto de leones que debió atravesar con un arma escasa de municiones, ni la repentina muerte de su padre, quien fuera su maestro.

Sólo tenía una oportunidad, saltar con todas sus fuerzas hasta una roca ubicada a tres metros de distancia, con la esperanza, que para ella debía ser certeza, de colgarse del borde, amortiguando el balanceo, producto de la velocidad del brinco. No lo pensó dos veces: retrocedió (los tres pasos que permitía la superficie en la que estaba), se impulsó con dos largas zancadas y saltó por los aires.

Todo le salió como ella esperaba, pues el salto fue tan efectivo que aterrizó en el borde que ella había supuesto era el lugar en donde estarían sus manos mientras colgaba. Cayó con un pie en el suelo y otro en el aire, así que se opuso, equilibrando con el movimiento de las manos la fuerza que amenazaba con lanzarla al abismo. El resto del descenso fue un juego de niños.

Tuvo que atravesar el estanque, que apenas le llegaba hasta los tobillos, para alcanzar la entrada de una cueva que no había podido ver desde la cima del precipicio. Encendió su linterna y entró a la cueva. Sorpresivamente, algo se abalanzó sobre ella. No fue sino escuchar el primer paso y la guerrera ya había desfundado su nueve milímetros, y disparado cuatro veces; luego pudo escuchar el espantoso lamento de un animal salvaje. Con la linterna alumbró el moribundo cuerpo de un oso.

El techo de la cueva se hacía cada vez más bajo en su recorrido y, por tanto, no le quedó más remedio que arrastrarse sobre la tierra húmeda. Avanzó por lo menos veinte metros hasta que llegó a una habitación oscura. Cuando la iluminó se dio cuenta de que allí había un baúl. Entonces, era cuestión de caminar hacia el baúl, abrirlo y sacar lo que contenía. Pero cuando se disponía a levantarse para ir hacia él, algo, como una lluvia negra, cayó sobre ella: eran arañas. La rodearon dispuestas a atacarla, pero ella, consciente de que sus armas estaban cargadas, sacó sus pistolas y, a punta de fuego, se fue haciendo camino por un sendero de moribundas arácnidas.

Destapó el baúl y tomó una llave plateada que, al retirarle el polvo, brilló con la luz de la linterna. Había una inscripción en la llave que ella supo traducir, pues se trataba de una antigua lengua que conocía bien; decía: “Sol de Oriente”.

La guerrera se dio la vuelta y descubrió que muy cerca había una escalera de madera que conducía a una entrada oscura que la heroína alcanzó con rapidez. Cuando llegó a la entrada pudo ver que se trataba de un corredor muy largo, tanto, que parecía no tener fin. Recorrió incontables metros hasta que el pasadizo se bifurcó. Como de costumbre, la guerrera eligió el sendero izquierdo, por ser el más cercano al corazón. El camino terminó en una sala perfectamente circular. La recorrió con la mirada sin que detectara nada particular que fuera de su interés.

Sólo necesitó dar unos cuantos pasos para alcanzar el centro de la sala; desde allí escuchó un sonido metálico y dirigió su mirada hacia el techo: vio bajar por las paredes una estructura metálica octópoda. Sabiamente, se colocó en la entrada de la habitación, mientras esa máquina en forma de pulpo alcanzaba el suelo. La heroína desenfundó sus pistolas y asumió posición de ataque. Buena cosa que lo hizo, ya que el molusco de metal se le abalanzó con sus tentáculos. Ella dio una vuelta hacia la izquierda y disparó ocho veces: las balas rebotaron sin causar algún daño. No obstante, la guerrera descifró los tiempos de ataque de la máquina y esquivó los disparos con precisión. La máquina no podía lastimarla, pero ella tampoco sabía cómo destruirla. Tuvo una idea brillante: el pulpo alzó un tentáculo y ella se lanzó en dirección al centro de su cuerpo metálico. Apuntó a una brillante luz roja en la estructura del animal, disparó y, rodando por el piso con rapidez, esquivó el peso del octópodo que se le quiso echar encima. Respiró profundo, mantuvo el aire y lo expulsó acompañado de un movimiento manual con el que intentó apartar el sudor de su frente.

A un lado de la máquina, la habitación no ofrecía ninguna opción: ya fuera otro pasadizo o un baúl para introducir la llave. Estaba por irse, cuando reparó en la armadura metálica. Subió por uno de sus tentáculos hasta que alcanzó la parte más alta

del monstruo: había un hueco para introducir la llave de plata. La sacó de su bolsillo, la introdujo, la giró hacia la derecha y descubrió, complacida, la cabeza de madera del Primer Emperador.

La imagen se congeló y salieron unas letras en inglés que preguntaban si deseaba grabar en la Memory Card. Lo hice, apagué la consola y el televisor. Me puse la pijama. A las tres de la mañana del domingo, puse la cabeza en la almohada y mi mente se llenó de imágenes venidas del maravilloso mundo de Lara Croft: la valiente arqueóloga del mundo ficticio del Play Station.



# *Piratas de agua dulce*

*Luis Pizano Palencia*



Era un día típico de pueblo pequeño en la ardiente rivera del río Cauca. Puntual como el destino, el director del internado llegó a las seis de la mañana a despertarnos, grabadora al hombro, al mejor estilo de los negros de Harlem, solo que en vez de la perorata desbordada de los *rappers* consumados, entró tocando a Nelson Enríquez y su Combo:

*Linda muchacha que allá en El Valle naciste,*

*Contigo quiero casarme.*

*Linda muchacha que allá en El Valle naciste,*

*Porque eres la más hermosa.*

Entre los internos circulaba la versión, nunca confirmada ni desmentida por él, de que la canción obedecía a un amor huracanado que había surgido entre él y una monja de rostro angelical, oriunda de Valledupar, que hacía las veces de coordinadora del internado para niñas, y cuya misión terrenal consistía en mantener a raya a los varones enamoradizos que merodeaban por el parque al atardecer, cuando teníamos dos horas libres.

Hasta los más dormidos se despertaron de un solo golpe. Ya sabíamos la rutina al pie de la letra: levantarse, tender la cama, ducharse, vestirse y cepillarse los dientes. Inmediatamente, debíamos dirigirnos al casino, como se le llamaba al salón comedor, que quedaba cerca del parque, a unos treinta metros de allí.

El patio del internado de varones lindaba con la orilla del río, lo cual servía de paliativo para los calores apocalípticos que se desataban al mediodía. Constaba de dos salones espaciosos con literas bien ordenadas, donde nos alojábamos unos sesenta muchachos divididos en dos grupos: el de primaria y el de secundaria. La población consistía básicamente en hijos de personas más o menos acomodadas de pueblos aledaños como Caucasia, Tarazá y Puerto Bélgica, entre otros, y no eran extraños los hijos naturales no reconocidos de ricos hacendados de Montería y Sincelejo que terminaban allí para evitar el escarnio público, en un mundo donde todo se resolvía por la ley del más fuerte, o por la punzada mortal de un chisme certero. Y casi siempre prevalecía lo segundo. Se buscaba, antes que nada, buena educación y, de paso, escarmiento para casos difíciles que habían pasado por todo tipo de exorcismos pedagógicos, sin ningún resultado alentador.

Esa mañana desayunamos la inapelable ración de huevos revueltos con tomate y cebolla, pan tajado con mantequilla, y chocolate.

—Me están saliendo plumas de tanto huevo —bromeó alguien.

Nos dirigimos a la escuela, que quedaba en las afueras del pueblo. Había que caminar casi un kilómetro desde el parque. Ése era tal vez el mejor momento del día, porque marchábamos en una procesión de seres felices, riendo y haciendo bromas a los más pequeños, derecho adquirido por el hecho de haber pasado ya por lo mismo. Nuestra primera clase fue de español, y de principio a fin estuvimos tratando inútilmente de caminar por los laberintos infranqueables de la ortografía. Leonel salió con un apunte salvador en medio de ese naufragio:

—Miguel escribió “cajón” con “g” —dijo muy serio. Los que escuchamos tratamos en vano de contener la risa.

De repente, mientras esperábamos para la segunda clase, un murmullo que pronto se convirtió en algarabía, y luego mutó a gritos de júbilo, encendió todas las alarmas. Un segundo más tarde, noticia confirmada: la temida profesora de matemática

había tenido que salir de urgencia a atender una calamidad doméstica. Y, para dicha nuestra, teníamos un bloque de dos clases con ella. Eso sólo podía significar una cosa: estábamos libres por el resto de la mañana (en ese tiempo se iba a la escuela en la mañana y en la tarde).

Para entonces contaba yo con diez años de edad y mis amigos más cercanos oscilaban entre los nueve y los doce. En medio del carnaval desatado, nos fuimos encontrando unos a otros, sin buscarnos, y terminamos reunidos bajo el palo de mango a la entrada del colegio, como títeres movidos por los hilos de las circunstancias felices. Entonces Leonel, el mayor de todos, y con una mente proclive hacia lo prohibido, soltó la idea de tal forma que no hubiera la más remota posibilidad de pensarlo dos veces:

—Hay un lugar donde podemos pescar y coger mangos a montones —dijo con una expresión maliciosa y la respiración agitada.

Y para asegurarse de que no pereciéramos en las aguas turbulentas de la duda, remató tapándose el ojo izquierdo con una mano y levantando la otra simulando una espada:

—¡Y podemos jugar a Francis Drake y Morgan!

Para cuando terminó de decirlo, ya era demasiado tarde para cualquier titubeo. Fuimos corriendo hasta el internado y nos deshicimos de todo lo que estorbara a nuestro plan, empezando por el uniforme. Estábamos tan entusiasmados que ni siquiera nos perturbó la novedad de un ahogado que habían encontrado esa mañana y tenían en la orilla, a solo unos pasos del internado. Y no nos interesó por dos razones: primero, porque la emoción no daba tregua para nada más, y, segundo, porque los ahogados en ese pueblo eran un asunto casi cotidiano. Hasta apostábamos a ver quién divisaba el próximo desde el puente, y quién podía describirlo de la manera más repugnante mientras comíamos en el casino. La comida dejada por alguien le pertenecía al relator. Esto lo aprendimos de los muchachos de secundaria, quienes nos mataban del susto con su mercado negro de historias de



ahogados y brujas antes de acostarnos, sólo para cobrarnos en galletas, dulces o dinero la acompañada hasta el baño, que estaba atravesando el patio, y cuyas luces permanecían apagadas para ahorrar energía.

Cáceres era famoso en la región por tres cosas: la buena educación, las brujas y los ahogados. La educación era quizá la más temida de las tres, ya que consistía en una fórmula magistral entre las artes celestiales para la educación, representadas en el pueblo por las hermanas Hijas de María Auxiliadora, en cabeza de Sor Herménida, y el rigor castrense de los profesores oficiales, que tenían la prebenda de castigar físicamente a los descarriados. Incluso teníamos como profesor de educación física a un policía que había quedado paranoico después de un intento de toma guerrillera. Dicha mixtura educativa hacía ver a la pedagogía como un estorbo.

Tomamos río abajo y, al pasar por el pequeño puerto, vimos a la gente aglomerada viendo al nuevo ahogado. Seguimos nuestro camino. Hoy era un día especial; y de todos modos ya habría más ahogados en cualquier momento. Llevábamos un paso apresurado y a ratos teníamos que desviarnos para sortear cruces imposibles donde el río cortaba el camino y formaba los temidos remolinos.

Extasiados y ajenos a cualquier asomo de culpabilidad, bromeábamos y nos reíamos a mandíbula batiente, en parte por lo gracioso de la ocurrencia, y también como mecanismo para lidiar con el peso de la gravedad de haber faltado a clase, de estar lejos del pueblo y, peor aún, de que nadie supiera dónde estábamos, incluyéndonos.

Después de casi dos horas llegamos al lugar. Era mejor de lo que Leonel había dicho. Una bandada de loros se disputaba los mangos con sus voces chillonas en un palo repleto de ellos. Había palmeras, mamoncillos, guayabos, aguacates, pero lo que más nos llamó la atención fue el brazo del río que entraba a encontrarse con un riachuelo que venía de monte adentro y ambos formaban una pequeña ensenada, apta para las mentes descarriadas de seis fugitivos. Primero, recogimos los mangos

del suelo que no estaban mordidos y comimos hasta la saciedad. La tentación del agua pudo más que el recato y sin pensarlo dos veces nos despojamos de nuestras ropas y nos metimos al agua, disfrutando como si no hubiese un mañana. A ratos tomábamos a Miguel, el menor de todos, por las manos y pies y lo lanzábamos al agua. Al comienzo protestó, pero luego empezó a enojarse porque no lo tirábamos.

Un rato más tarde, Miguel, que era muy asustadizo, lanzó un grito de espanto. Todos corrimos a ver de qué se trataba.

—¡Un caimán!, ¡un caimán! —gritaba Miguel, el menor de todos, fuera de sí mientras señalaba hacia el río.

En ese instante el supuesto caimán salió del agua muerto de risa. Era Leonel que se había embadurnado de barro de pies a cabeza y se deslizaba por el suelo como un lagarto.

—¡*Caregallina* el que no se unte de barro! —nos desafió

En un instante parecíamos estatuas vivientes. Solo podíamos vernos los ojos y los dientes cuando sonreíamos, en señal de que todavía éramos de este mundo.

—Ahora nos parecemos a los africanos del libro de geografía —dijo Jaime.

Acto seguido, cubrimos uno de nuestros ojos con hojas adheridas con barro.

—¡Atacan los piratas! —gritamos.

Formamos dos grupos y nos enfrascamos en luchas tan feroces que, de habernos visto alguien, no le hubiera cabido la menor duda de que allí, en la mismísima rivera del Bajo Cauca, había una batalla de corsarios. Cuando se acabó la algarabía de bucaneros, pescamos agitando el agua mientras arrinconábamos los peces en un recodo del río. El método fue eficaz, pues la falta de oxígeno hacía saltar a los bocachicos, dentones y coroncoros. Pero sólo tomamos los bocachicos más grandes.

Para cuando recobramos parcialmente la conciencia, luego de varios asaltos en tierra firme, abordajes en altamar y

palabrotas para la ocasión, ya había empezado a oscurecer un poco. Sólo yo tuve las agallas de llamar al orden, más por miedo que por cualquier ínfula de liderazgo, y sugerí que era hora de irnos. Después de algunos insultos gentiles, todos estuvieron de acuerdo. No queríamos andar por ahí a oscuras en tierra de brujas traviesas y ahogados cuya mirada perduraba por siempre en la memoria de quien los veía. Nos vestimos, empacamos, y nos repartimos nuestra carga de mangos, aguacates, cocos, mamoncillos, y pescados.

Al momento de partir, la oscuridad se hizo más preocupante. Emprendimos el camino de regreso a paso apresurado, pero fue inútil. La noche cayó como un zarpazo del más allá. En ese instante tuvimos plena conciencia de nuestra situación. Al tomar uno de los desvíos, nos extraviamos y nos tomó casi una hora darnos cuenta de que estábamos alejándonos de la rivera y nos dirigíamos hacia lo espeso del bosque. Para colmo de males, a Elmer se le ocurrió decir que a esa hora salían las brujas a hacerles trenzas a las colas y crines de los caballos, y que también se convertían en vacas para extraviar a los vaqueros que las seguían a través del bosque.

— ¿Y pueden volar convertidas en vacas? —preguntó Miguel sin ningún asomo de susto, más bien con genuina curiosidad.

— No. Cuando están de vacas sólo pueden correr —se apresuró a responder Leonel con un aire de seguridad que dejó satisfecho a Miguel, y preocupados a los demás.

Antes de que tuviéramos tiempo de acabar de digerir la información, ahí estaban nuestros recién llegados temores convertidos en ocho o diez vacas que yacían acostadas rumiando, todas mirándonos con ojos como de fuego a la luz de la luna. Miguel se acercó a Leonel y se pegó a su camisa. Yo no pude evitar un espasmo desde el abdomen hasta la vejiga que por poco se materializa en amoniaco.

—Ellas sólo atacan a los que muestran miedo —dijo Leonel.

Al pasar por el lado de ellas intenté sonreír un poco para calmar mi terror y engañar a las astutas brujas. Sin embargo, cuando

estábamos pasando cerca de la última, salimos disparados instintivamente, por si acaso. Miguel tuvo que llamarnos con la voz entrecortada.

—¡Ey! ¡Espérenme! —gritó—. ¡Yo llevo los mangos!

Al llegar al filo de una colina alcanzamos a divisar las luces del pueblo. Pero aún estábamos a una distancia considerable, con el agravante de que estábamos no sólo cansados, sino aterrorizados. Nos reubicamos en la ruta correcta de regreso, y ya debíamos estar a menos de un kilómetro de las primeras casas del pueblo, cuando alcanzamos a ver unas luces que se dirigían hacia nosotros por entre los matorrales. En un momento se escucharon sonidos, como voces.

—¿Más brujas? —preguntó Miguel con cara de ternero huérfano.

—No seas bobo! —le reprendió Leonel—. Esos son los espíritus de los ahogados que todavía no han sido encontrados.

Las voces se hicieron más fuertes y el terror antes sorteado, volvió a cobrarnos con creces la osadía de tratar de esquivarlo. De repente Dionisio creyó escuchar que llamaban nuestros nombres.

— ¡Leonel!... ¡Luis!... ¡Elmer!... —se escuchó claramente.

— ¡Mierda! —dijo Jaime—. ¡Es el director!

— ¡Y viene con la policía! —agregué.

La alegría inicial de encontrarnos fue muy efímera. Camino al internado, la gente se asomaba por las ventanas o salía a la puerta a vernos pasar.

— ¡Están vivos! —gritó alguien.

— ¡Dios escuchó mis plegarias! —dijo en tono solemne la encargada del casino.

— ¡Se merecen una cueriza! —gritó un hombre desde una tienda con una cerveza en la mano.

Al llegar al internado fuimos recibidos como héroes por los más chicos, y con insultos por los muchachos de secundaria, que se ofrecían voluntariamente a darnos la sugerida muenda. Asistimos por media hora a un soliloquio interminable, donde el director nos hacía preguntas que él mismo se apresuraba a contestar enfurecido, hasta que nos mandó a dormir. Eran ya las once de la noche.

Al día siguiente, el director entró con su misma melodía tropical a la hora de siempre.

—¡Todo el mundo arriba! —dijo—. Excepto los piratas de agua dulce —agregó en tono sarcástico—. A ustedes los espero en la oficina de Sor Herménida a las ocho.

El edificio del internado para niñas ubicado en el parque estaba en muchas mejores condiciones que el nuestro. Había plantas por todos lados en materas bien cuidadas, y todo olía a limpieza y a orden. Había en el ambiente una sensación parecida a la de estar en una iglesia. La oficina de Sor Herménida estaba en el segundo piso, desde donde ostentaba un poder casi sobrenatural para ambos internados. Era rechoncha y tenía la cara y las manos rosadas, como si naciera a diario.

El director se veía despojado de su poder sentado al lado de Sor Herménida, y su rostro auguraba malas noticias; en cambio el rostro de ella eran las malas noticias en persona. Cada uno de nosotros recibió una carta dirigida a nuestros padres donde explicaban los detalles de nuestra expulsión, sin posibilidad de apelación. A nuestra edad esa situación nos produjo sentimientos encontrados. Por un lado, el alivio de escapar del rigor de la escuela; por otro, la nostalgia por nuestros compañeros de piratería, y, por último, el temor de ir a darles la cara a nuestros padres.

La mañana era fresca y desde el kiosco frente al hospital se escuchaba una melodía que hacía saltar corazones en pedazos.

*Al partir, un beso y una flor,  
un te quiero, una caricia, y un adiós.*

*Es ligero equipaje para tan largo viaje.*

*Las penas pesan en el corazón*

Mientras nos dirigíamos al internado a empacar, me detuve a ver una foto de un cantante de moda en la primera página de un periódico que alguien leía en el parque. Había un titular en grandes letras negras: “¡NINO BRAVO HA MUERTO!”.

Mientras corría para alcanzar a mis compañeros, traté de encontrar alguna relación entre la foto del cantante y su voz. Fue en vano. Entramos al internado en silencio y empacamos. Sor Herménida había dispuesto lo del transporte para las once de la mañana, y había que cruzar el puente colgante a pie, pues no era apto para vehículos.

Mientras atravesábamos el parque vimos a un grupo de niñas que desde el segundo piso del internado nos decía adiós con la mano. Una monja de bellas facciones trataba inútilmente de mantener el orden, mientras el director, sentado en el kiosco, se tomaba un aguardiente en un pocillo para tinto. Él la miraba a ella y luego a nosotros. Íbamos solemnes bajo el peso de los acontecimientos. Ninguno de nosotros se molestó en mirar hacia el río mientras cruzábamos el puente. Hubiéramos podido ver un bulto que era arrastrado por la corriente, mientras un grupo de gallinazos lo escoltaba río abajo.





*La modista*


*Rodrigo Rafael Rivero Arroyo*





Para empezar, tomas las medidas de las diferentes partes del cuerpo y las anotas en un cuadernito ya casi repleto, que te resistes a cambiar porque allí puedes encontrar también otros datos importantes. La clienta te muestra la tela; la acaricias con tus manos, como en un esfuerzo por hacer comunión con su textura. Te gusta sentir el minúsculo tejido en la yema de tus dedos, como para transmitirle cierta magia, cierto poder que luego te permita moldearla. Buscas tus revistas de moda, que son muchas, porque siempre estás aumentando tu colección y, aunque estén en otro idioma, igual te sirven porque lo importante es la moda. Entre las dos escogen el modelo, que nunca sale de la primera revista que miran, porque la decisión siempre es difícil. Esta falda está muy larga, o este escote está muy pronunciado, las mangas se ven muy “floripondias”. Pero al fin se deciden, tanto tú como ella, la clienta, porque si no están de acuerdo las dos, lo más probable es que el vestido nunca se haga realidad. Sobre el precio y la fecha de entrega siempre hay discrepancias, por aquella maldita costumbre de que te pidan rebaja siempre. Tú casi nunca haces concesiones, valoras mucho tu trabajo. La fecha de entrega es otro cuento: dices que una semana pero prometes que harás lo posible para terminarlo antes, y casi siempre lo haces, aunque más de una vez terminas el vestido una noche antes del día prometido. Después de que la clienta se va, la tela termina arrumada en la pila que formas con las telas de otras clientas, hasta que llega el día en que la buscas para transformarla. Entonces sacas tu cuadernito, miras las medidas y empiezas a dibujar en un pliego de papel muy grande los moldes del vestido. Recortas el papel con las tijeras de cortar papel, porque no se pueden usar las mismas tijeras que usas para cortar tela. “Pierden el filo”, dices. Para transcribir los moldes a la tela usas lápiz blanco o negro, teniendo en cuenta el estampado de ésta. Por supuesto, cortas la tela usando las tijeras de cortar tela. Coser las piezas es la parte más fácil del proceso, pero los detalles te cuestan un

poco más de trabajo. Los botones, los ojales, los dobladillos, y por último recortar todos los hilos que sobran y que por ningún motivo pueden ser percibidos por la clienta. Al final del día terminas de unir piezas y miras tu obra maestra, pero sabes con absoluta certeza que siempre habrá algo que corregir. Nunca falla. Llamas a la clienta para que venga a medirse el vestido y ella, ni corta ni perezosa, no demora en llegar deseosa de saber cómo ha quedado su nueva adquisición. Se lo mide, se mira en el espejo y se vuelve a mirar, y a la tercera mirada ya se encuentra el defecto infalible. No necesitas anotar nada porque tú misma te das cuenta de cuáles son las imperfecciones que hay que corregir. Si acaso, usas un alfiler para determinar el tamaño de la corrección a realizar, pero ya sabes sin lugar a dudas, sin necesidad de escribirlo en ninguna parte, cuáles son las inevitables modificaciones. Aunque hacerlas no te toma mucho tiempo ni esfuerzo, siempre te pone de mal genio cuando tienes que descoser y volver a coser para complacer a tus clientas. La segunda prueba siempre es la última, y sabes que tu labor ha llegado a feliz término. Sabes que esta vez la clienta se irá satisfecha y que tú, una vez más, lo has logrado.



*La tormenta  
que anuncia el cielo*

*Raúl Alberto Ruiz Madrigal*



El ruido de los buses se propaga con las ráfagas de viento; son las seis de la tarde en el reloj del Astoria y las aves buscan un refugio bajo las ramas de los árboles porque se aproxima la tormenta. Y ahí está él, Gonzalo, pintando pacientemente de color blanco su cara, cubriendo sus toscas manos con guantes del mismo color y, en su cabeza, un sombrero claro que hace juego con su cabellera canosa. Su caracterización se completa con la pala que sostiene en la mano; es una alegoría del pueblo trabajador que día a día lo observa con curiosidad, admiración o desprecio, mientras se gana la vida en silencio, sin moverse, como una estatua viviente, sin hacer un solo gesto parado sobre un pedazo de adobe.

En las escaleras del Coltejer se observan manos platicando, comunicándose tan civilizadamente que las palabras se sienten celosas por no estar invitadas a tan envidiable tertulia. Pero un par de ellas realmente son especiales, porque están acompañadas de unos ojos habladores, con los cuales también se puede entablar una deliciosa conversación. Ella es Jenny, la que mira de reojo hacia la avenida La Playa mientras está con sus amigos, esperando que llegue Fernando porque él le tiene una buena noticia.

Y frente a ella, Ricardo, el del diablo en los ojos, el que lanza bocanadas de humo como si se estuviera quemando por dentro. Al lado de sus zapatos, cinco colillas de cigarrillo que ha ido arrojando una a una. Lo único que no ha dejado caer aún es la mirada sostenida para Jenny.

Un trueno asusta las aves que, alteradas, salen de sus nidos, pero prontamente recuperan la calma y se alojan en otras ramas. Las goteras de agua comienzan a mojar las calles y las personas buscan dónde escampar; los artesanos recogen su mercancía y la tapan con plásticos; los “minutereros” se pierden entre las esquinas; Ricardo se libra del aguacero bajo el techo de una de esas “chozas” con las que la administración ha adornado la avenida. Gonzalo no se mueve porque el balcón del edificio La Ceiba lo protege y Jenny se marcha pues Fernando no aparece.

Ya en casa, ella recibe un mensaje de texto de Fernando: le dice que lo disculpe por no llegar, pero no le dieron permiso de salir temprano del trabajo, que luego le explica, y finalizando la frase escribe: “Nos vemos a las diez treinta de la noche donde siempre, es muy importante, yo te repongo lo de los taxis. Te amo”.

Camino a su cita, Fernando se desespera; un choque en la autopista alarga su hora de llegada y el celular sin saldo altera aún más su tranquilidad. Él no ve la hora de decirle a su novia que consiguió la plata para pagar el implante coclear de los dos.

Son las diez y quince de la noche, y Jenny llega al Coltejer. “Fernando vive al otro lado de la ciudad, donde ni siquiera pagándoles a los taxistas dinero extra, se atreven a llegar. Seguro paso la noche con él, al fin y al cabo no tenemos que madrugar mañana, ¿qué me tendrá que contar?”.

Como es viernes, Gonzalo aún se encuentra haciendo su teatro callejero. La noche lluviosa no lo ha dejado recoger los dos mil pesos que necesita para pagar una pieza en el centro. Jenny deposita quinientos pesos en la cesta y de encima le obsequia una sonrisa, luego se para junto a la cerca de metal que rodea al Coltejer y espera a que llegue su novio.

Ricardo todavía está merodeando por La Playa. Desde la papelería la ve, se acerca sigiloso, pero con un aire de confianza. Contiene la respiración, se detiene a unos cuatro

metros de ella y, como en la tarde, fija su mirada en Jenny, pero esta vez claramente se evidencia su objetivo. No lo cautivaron los elocuentes ojos de Jenny, era su muñeca derecha la que llamaba su atención, la que tenía el reloj que Fernando le había regalado en su tercer aniversario.

Ricardo se le acerca y la saluda amablemente. Jenny se asusta por obvias razones y se paraliza. Como no recibe respuesta a su saludo, el hombre se enfurece:

—¡El reloj, hijueputa!

Saca el cuchillo, pero Gonzalo le grita:

—Deja la niña, h'ome, no te ha hecho nada —y trata de sostenerle la mano, pero lo único que logra es una puñalada en el pecho que le llega hasta el corazón. La lluvia de la noche lava la cara pintada de blanco del hombre que ahora es otra estatua, quieta y dormida...







*Jaque*

*Luis Fernando Vallejo Gómez*



Te vi por vez primera hace ya cuatro años. Estabas mal de salud cuando llegaste. Tu cuerpo se veía extenuado por el esfuerzo de tantas caminatas; y tu rostro reflejaba los padecimientos de dos años de recibir insultos y tratos crueles; y seguro, tu alma agobiada por el olvido, conservaba la esperanza del regreso.

Me impactaste al instante. A pesar de la tristeza en tu mirada mezclada con la ira que seguramente sentías, sabía que eras capaz de albergar buenos sentimientos, aun por nosotros; parecías fuerte, pero también frágil. Así te supuse en esta inmensidad de selva inhumana y criminal a la que te obligaron a llegar y de donde pensé que no saldrías nunca.

—¡Pa' entro, sapos! —bramó el comandante.

Te arrojaron a la jaula como si fueras una fiera junto con tus compañeros, allí donde ya otros siete cautivos rumiaban su odio de tiempo atrás.

—De aquí pa'l gueco, hijueputas, y agradezcan que no los quemamos ya, ¡perros oligarcas y tiranos!

Siempre estuve pendiente de tus necesidades. Aproveché que era quien llevaba los alimentos para entregarte doble ración; los escasos implementos de aseo siempre los tuve ocultos para ofrecértelos. Tu salud mejoró y en poco tiempo ganaste algo de peso. Aunque nunca sonreíste, entendía que te alegraba saber que estaba a tu lado, acompañándote, apoyándote en silencio, de alguna forma paliando tu tragedia.

En las noches, en mi hamaca, no podía conciliar el sueño pensando en ti, en cómo te encontrarías, qué sentirías en tu inmensa soledad, en si podrías dormir sobre el duro suelo, con hambre, frío y dolor de libertad. Anhelaba de ciudad, necesidad de gente, gente normal, gente con problemas habituales y solucionables; gente que trabaja, goza, sufre, llora, ríe y perdona; gente como tú y no animales ignorantes como tus captores.

Nunca te quejaste; jamás te oí una expresión en contra nuestra, siempre aceptabas en silencio las órdenes que se te daban:

—¡Adelante! ¡Camine rápido! ¡Al suelo, hijueputas! ¡A correr!

Era el trato que recibías cuando se escuchaban los helicópteros. Me dolía en el alma extraviada en esta guerra sin fin, ver que sufrías, que tu cuerpo no podía más, que sentías algunas veces deseos de terminar. Pero la selva te hizo fuerte: cambiaste tu aspecto inofensivo por el de un ser duro y frío; tus compañeros te temían, tanto que no querían tu compañía; los míos te odiaban más y recibías tratos crueles. Deseaban eliminarte, en su demencia perpetua anhelaban picarte en pedacitos. Sin embargo, eras de gran valor para la causa y no nos podíamos permitir el lujo de que algo te sucediera.

Ayer te vi por última vez. Subiste al helicóptero sin dar vuelta atrás, como queriendo olvidar tanto dolor, tanta maldad, tanto olvido de patria. Hoy, sé que moriré por tu partida y la de los tuyos. Supimos del engaño. Me siento feliz de que estés bien aunque extrañaré tu rostro, nunca podré olvidar tu mirada que hablaba sin voz, odiaba sin gritar, amaba sin sentir; la forma pausada de tu caminar, la profundidad de tus reflexiones sin haber penetrado en tu pensamiento, tus labios vírgenes por el olvido, tu cuerpo incólume, incluso ante mis pensamientos. No pensaré más en tu sufrimiento, en tu dolor, sé que estarás bien, con tu familia, tus hijos, los seres que te quieren, los que siempre te esperaron.

La certeza de mi fin es un obsequio por la alegría de tu inicio. Te amo. No podría morir sin que lo supieses, aunque estoy seguro de que siempre lo intuiste.